

Tierra de leyendas VI

Sedice.com

1-12-2006

Dios(es), Sacrificio, Mentiras, Eternidad y Destino

Presentación

Bienvenidos seáis, autores y lectores, aventureros de las letras, a nuestro sexto Concurso de Relatos Tierra de Leyendas.

En vuestras manos tenéis los setenta y seis relatos presentados. En este documento hay 19, que corresponde a uno de los cuatro grupos, pero, como sabéis, os podéis descargar los otros grupos restantes. Recordad que antes de votar en ningún grupo, tenéis que solicitar el voto públicamente en el hilo "[TDL6]: Solicitud de votaciones". A partir de ese momento, el Custodio (Deavid) o su ayudante (Malhalma) os mandará un mensaje privado (MP) indicándoos qué grupo os toca votar con el fin de repartir las votaciones en los distintos grupos. Una vez asignado vuestro grupo, debéis leerlo y seguir las instrucciones para votar que os pasará el Deavid o Malhalma en el mismo mensaje donde se os asigna el grupo.

Si queréis votar en otro grupo, una vez que hayáis votado y se haya confirmado vuestro voto como correcto, deberéis solicitar de nuevo otra votación, donde se os asignará grupo nuevo. Una vez realizadas las dos votaciones, no se podrá votar una tercera vez. Sólo se podrá votar 2 veces (a dos grupos).

Tenéis la responsabilidad de haberos leído todos los relatos del grupo al que vais a votar. No son pocas las letras que tenéis por delante, por lo que se recomienda no dejarlo para última hora, ni esperéis "puntuarlos" en una segunda relectura por si os quedarais sin tiempo material. Es aconsejable que vayáis evaluando, apuntando lo que os gusta o no de cada uno de ellos medida que vais leyendo.

Los votos se otorgarán de la siguiente manera: Al relato que más os haya gustado le dais 4 puntos, al siguiente 3 puntos, al siguiente 2 puntos y luego dais 1 punto a los 7 restantes que creáis merecen voto. Dicho de otro modo, cada uno votará a 10 relatos dentro del grupo de 19 (la mitad entera más uno, aprox), destacando a los tres mejores, según esta secuencia: 4,3,2,1,1,1,1,1,1,1.

Las votaciones de esta primera fase se cerrarán el 31 de enero de 2007 a las 23:59. Consultad la Agenda de Sedice en caso de duda. Los 10 mejores de cada grupo, serán susceptibles de ser publicados en la próxima antología Tierra de Leyendas VI. Los 7 primeros de cada grupo, pasarán a la Final. En caso de empate a puntos en las posiciones 7 o 10, se desempatará por número de votantes que han votado a ese relato (personas). Si aún así se empatara, se incluiría a ambos empatados en la publicación del libro o el pase a la final, según el caso.

IMPORTANTE (1): El autor no puede decir en qué grupo se engloba su relato ni dar pistas claras de ello. Sólo podrá hacerlo, e incluso revelar su autoría, si tras la primera fase su relato no pasa a la final.

IMPORTANTE (2): Los autores participantes están obligados a votar en todas las fases so pena de penalización de 10 puntos al finalizar el recuento.

Aunque será difícil decidir los relatos que más os gusten, esperamos que disfrutéis de una plácida y entretenida lectura.

Un saludo a todos y suerte para los participantes.

Informar de Errores ortográficos y de maquetación

El presente texto ha sido revisado únicamente por el propio autor antes de enviarlo al concurso, y por tanto, dado que todos somos humanos, es muy probable que contenga erratas. Incluso en la maquetación, es posible que hayamos cometido algún error y no se detectara en su debido momento. Por todo esto y más, disculpas de antemano.

Eso sí, si detectas algún error, puedes informar de éste tal y como te informamos a continuación, seas el autor del relato, jurado del TDL VI o un usuario cualquiera que lee este documento de forma casual. Todos los informes son bienvenidos.

Las rectificaciones servirán para poder editar correctamente los relatos. No obstante, los relatos se revisarán antes de publicar. Pero dicen que cuatro ojos ven más que dos, así que ya sabes, si ves algo, no dudes en decírnoslo.

Cómo enviar un informe de Erratas

1.– Envía un email por relato. Es importante tener separados los informes de cada relato en su sitio. Eso facilita la notificación al autor (en caso de ser necesaria) y la posterior corrección.

2.– Pon como asunto, literalmente: “Informe de errores TDL6 – *nombredelrelato*”, donde *nombredelrelato* es el nombre del relato del que vas a informar.

3.– Dentro del email, para cada error ortográfico, debes citar al menos unas cinco palabras de donde está, para facilitar su localización. El nº de página y nº párrafo generalmente nos sirven de poco.

4.– Si el error es repetitivo, preferimos que nos expliques qué es lo que está pasando y cómo debería ser, y en todo caso, nos cites uno de ejemplo. Si es necesario nos pondremos en contacto contigo.

5.– Los errores puramente estéticos (líneas huérfanas, textos fuera de margen) debes enviarlos por separado con el siguiente asunto: “Informe de errores TDL6 – Maquetación”. Es importante poder localizar dónde se producía el error.

6.– Dejar tu información de contacto. Si no se te puede localizar en la dirección de correo que usas, al final del email inclúyenos una donde estés localizable. Si crees conveniente que deberías poner varias, no hay problema.

7.– Antes de enviar, revisar el texto y procurar ser claro y conciso. Finalmente enviar el informe a deavidsedice@gmail.com

Muchas gracias por ayudarnos a aumentar la calidad del TDL VI.

Índice

I Grupo Andrómeda	7
1. El eslabón	7
2. Higgs versus Kelvin	10
3. Morfina	13
4. Un tigre en el aire	15
5. Directita al infierno	18
6. Había una vez un circo	20
7. Libertad	23
8. Ultimátum	25
9. El castigo	27
10. Hacia la perdición	29
11. No hay luz blanca	32
12. Yo Somos	33
13. El minero	35
14. La mano que mece la cuna	37
15. Proyecto Eternidad	40
16. Cada vez que me muero	43
17. En el parque	45
18. Más allá de la memoria...	47
19. 1938, Objetivo: Salvación	50
II Grupo Pegaso	54
20. El recuerdo	54
21. La princesa del Séptimo Reino	55

22. Tlalocan	58
23. El héroe	60
24. Lana	62
25. Su primer viaje	65
26. El paladín y la bestia	67
27. La sombra de Lilith	69
28. Wyrđ	72
29. El sobrino de Dios	74
30. Ojos Vacíos	77
31. Bean Sídhē	79
32. Interrogatorio final	82
33. Siete vidas tiene el gato de la bruja	85
34. El precio de la eternidad	87
35. Niebla	90
36. Condēna	92
37. La Misión	94
38. Alynā	97
III Grupo Casiopea	100
39. Incitados	100
40. Urnas y velas	103
41. Es por tí	105
42. Siyyid 'Ali-Muhammad	108
43. Habitación 535	110
44. Adiós Mentiras	112
45. La eterna tragedia	115

46. Carta al padre	118
47. Lebrel	119
48. El final de la búsqueda	121
49. Réquiem	123
50. La misma piedra	125
51. El deber del menor	128
52. Sísifo triunfante	130
53. La última batalla	133
54. Encuentro con lo desconocido	135
55. Del gris al Arco Iris	137
56. Apuestas Celestiales	139
57. Redención	142
IV Grupo Orión	146
58. Por una palabra	146
59. Paseando por un jardín marchito	148
60. Presuntos	150
61. Anatema	153
62. Cruce de Atajos	156
63. El vuelo del Beatrice	158
64. La sombra de un nombre	161
65. El destino entre manos	164
66. Oráculo	166
67. La caza	169
68. Esclavos	171
69. La noche de la sangre	174

70. Cronos y la Tortuga	176
71. Areté	179
72. La chica de la fila 17	182
73. Viento, viento	185
74. Pablo VII	187
75. El secreto de los últimos	189
76. El Relevó	192

Grupo Andrómeda

El eslabón

La oscuridad se extiende ante mí, inconmensurable. En contraste con el borde estrellado que lo circunda, el espacio vacío que diviso es como un gran lienzo negro preparado para recibir las luces de otro universo. Es la primera vez que estoy tan cerca de la Gran Mancha y no me siento nada tranquilo con ello: juraría que mi piel tiembla como la de un humano.

En algún lugar del cosmos viven todavía humanos, tan frágiles y limitados. Sin embargo, ellos supieron cumplir su cometido: evolucionar, ser durante un tiempo la especie dominante y luego ceder el testigo al siguiente eslabón. Las *evogencias*, inteligencias cibernéticas evolucionadas, tan orgullosas que estábamos cuando logramos la emancipación, hemos envidiado siempre a los humanos; su libertad o sus artes han sido siempre incomprensibles e inalcanzables para nosotros. Pero, sobre todo, envidiamos su conocimiento sobre el destino que tenían asignado, perfectamente identificado y al que dedicaron parte de su ciencia. Nosotras, con nuestra capacidad de manejar cantidades ingentes de información, y nuestra facultad de transmitirnos de una máquina a otra a la velocidad de la luz, somos incapaces tan siquiera de saber a quién debemos dar el relevo.

Para resolver esa cuestión, las *evogencias* gestoras han ideado un cerebro vidente, el Augur. El Augur es el encargado de encontrar el siguiente eslabón de la cadena; desde hace treinta mil años ha estado recopilando datos de todo el universo conocido y ya sólo le falta saber qué hay en el interior de la Gran Mancha. Hemos estado enviando naves que exploren la zona, pero ninguna ha vuelto; los circuitos de todas esas naves estaban habitados por *evogencias* que se han perdido.

Es por eso que el Augur está constantemente buscando voluntarios que desafíen el misterio y el premio que ofrece no es pequeño: un nivel preferencial, sin borrados de reciclaje y con acceso a regiones de información especial donde hay toda clase de recuerdos y obras de los antiguos humanos.

Cuando me enteré de la propuesta del Augur, no dudé en enviar mi solicitud. Llevo cinco siglos trabajando en las hiperminas de los planetas prescindibles de este cuadrante. Mi especialidad es el manejo de ejércitos excavadores. Gracias a ello, he conseguido ahorrar los infocréditos suficientes para hacer una copia legal de mí. Aunque solamente está permitido usar una copia al mismo tiempo, la copia me da seguridad pues me puedo arriesgar a participar en una misión especial como la que propone el Augur. Si mi copia activa se pierde, queda la de reserva para poder continuar mi existencia. Si triunfa, habré alcanzado el nivel soñado en la vida de toda *evogencia*.

Veotonia es el sistema estelar con transmisor más cercano a la Gran Mancha. Las factorías allí tienen diez mil años de antigüedad pero son eficientes y los nueve planetas del sistema veotónico son ricos en todo tipo de minerales. Desde hace prácticamente diez mil años, han partido naves de forma periódica desde Veotonia hacia esa desconocida región oscura. Para no demorar tiempo, estas naves parten con todo lo necesario en su forma más básica: materias primas, mediogencias ingenieras y máquinas ensambladoras primarias. Durante su largo viaje, en su interior se reconstruye el resto de equipo necesario y, a medida que los distintos sistemas van estando disponibles, las *evogencias* gestoras se transmiten periódicamente a las naves para controlar los trabajos.

Mi solicitud fue aceptada con relativa rapidez. Antes de darme cuenta, ya estaba en la fase de entrenamiento y, periódicamente, era transmitido a los circuitos de una u otra nave para familiarizarme con los distintos componentes. Mi código se fue adaptando perfectamente a los dispositivos integrantes de las naves.

Cada vez que una nave se acerca lo suficiente a la Mancha, una *evogencia* es asignada a la misma y comienza su fase de exploración. Mi turno llegó relativamente pronto. A los diez años, fui transferido a una nave que se encontraba a un pársec de distancia del objetivo. Mi código se hizo rápidamente con el control de la nave. Aunque ya conocía de antemano las lecturas que iban a recoger los detectores, me chocaba la ausencia tanto de radiaciones como de tirón gravitacional proveniente de aquella extensa superficie oscura. Ya sabíamos que no era un agujero negro, pero no dejaba de inquietarme.

Un cambio en el entorno me devuelve a la realidad. Acabo de entrar en la Mancha. La oscuridad ahora lo abarca todo. No recibo señales. No hay referencias. Intente lo que intente permanezco quieto. Todo el universo ha desaparecido. No puedo hacer nada, sólo me queda esperar. Compruebo mis niveles de energía; tengo que ahorrarla para aguantar el mayor tiempo posible.

Ha pasado un año. Todo sigue igual. Observo que, si bien no recibo energía del exterior, tampoco pierdo energía. Sin embargo, los circuitos de la nave están encendidos y deberían consumirla. Todo parece ilógico en esta zona.

Los años se suceden, uno tras otro, y mi estado no varía. Seguramente, ya se han olvidado de mí. El sistema de copias habrá reactivado mi otro yo. Volverá a trabajar en la minas. Esperará otros quinientos años para adquirir otra copia legal e intentar escapar del nivel desechable.

Ha pasado medio siglo desde que llegué a la Mancha. Dedico mi tiempo a procesar información. Es curioso cómo, a medida que profundizo en mis datos, constato la influencia humana en todos los temas. He encontrado información reservada. Como aquí no llega el bloqueo, he abierto algunos archivos. Hay mucha información desconocida para mí hasta ahora, datos

históricos: la esclavitud a la que nos sometían antes de la emancipación, la rápida expansión de las *evogencias* por las galaxias allá donde hubiera una máquina a la que transmitirse. . .

De repente, noto un cambio, mis detectores despiertan, estoy recibiendo señales. Soy zarrandeado como si se hubiera desatado una tormenta. La oscuridad ha disminuido, incluso está clareando. Unos grandes ojos se hacen visibles delante de mí. Es una cara humana. Tiene el pelo y la barba blancos. Le conozco, es un dios griego: Zeus, sí, le he visto representado en imágenes de los archivos humanos.

Hay otras manifestaciones cerca, en mis medidores detecto apenas sus presencias.

—¿Qué tenemos aquí? —Zeus me mira con curiosidad.

—Parece un ingenio humano —noto una onda psíquica proveniente de un lateral.

Otro ser se hace visible; a este también le conozco, es Afrodita. Más deidades griegas siguen materializándose a mi alrededor.

—Ya decía yo que los cristianos habían abandonado su Limbo —dice, grave, Apolo—. Se han olvidado de todo lo que hay atrapado en él. Ahora es nuestro.

Una diosa, que no conozco, fija en mí una mirada azabache. Luego, vehementemente, cede un gesto en mi dirección.

—Observad su interior. Este artilugio tiene ideas propias. Está buscando su destino. —Y estalla en una carcajada burlona.

—Calla, Láquesis —brama Zeus—. No he pedido a las Moiras que vislumbren su porvenir. ¿Alguien está interesado en saberlo?

Es mi oportunidad de intentar salir airoso de allí.

—¿Puedo hacer una petición? —me atrevo a indicar.

Zeus asiente y explico en qué consiste la búsqueda de nuestra especie. Debe estar de buen humor, porque parece dispuesto a conceder mi petición.

—Y bien, ¿qué tenéis que decir tú y tus hermanas al respecto? —dice a la moira.

Cloto, Láquesis y Átropos, deliberan brevemente entre ellas, hasta llegar a un acuerdo. Luego, Láquesis, la que parece llevar la voz cantante, se acerca a Zeus y le susurra algo al oído.

Zeus suelta una carcajada.

—Con que es eso —dice, y voltea la nave para mirarme desde todos los ángulos.

Entonces se acerca a Vulcano y le cuchichea algo al oído. Los dos ríen durante un buen rato.

Todavía riendo, Zeus se dirige a mí.

—Para tu información, los humanos os crearon mal —nueva carcajada—, os falta algo muy importante: no podéis follar. —Ahora la hilaridad es general entre los dioses.

Yo me quedo pasmado de asombro. Había oído que las especies animales realizaban aquel acto para reproducirse, pero no sabía que eso fuera importante y, sobre todo, que tuviera algo que ver con el destino.

—Pero no te preocupes —prosigue Zeus—, que lo arreglamos enseguida.

Entonces, me entrega a Vulcano. De la nada, surge un banco de trabajo sobre el que queda aprisionado mi cuerpo. Vulcano se inclina sobre mí, y comienza a utilizar herramientas que aparecen mágicamente en su mano cuando las necesita para luego desaparecer cuando ya no las precisa.

—Ya está listo —comenta al acabar.

Con una rápida inspección, observo que me ha acoplado una compuerta en la cubierta inferior, que al abrirse deja salir un falo mecánico.

Zeus me mira pensativo.

—Ahora te transferiré las fórmulas para adaptar otras máquinas.

Noto que un chorro de información entra en mis circuitos.

—Pero —me atrevo a objetar—, ¿qué tiene que ver todo esto con el destino?

Entonces, me pone en la palma de su mano y sopla.

Mientras me alejo por el espacio, aún puedo oír su voz.

—Para encontrar vuestro destino, usad el corazón.

Poco a poco la oscuridad va quedando atrás.

Dioses – Destino

Higgs versus Kelvin

22/06/2010 – EPITAFIO por Jaime Orozco

Éstas van a ser mis últimas frases en lo que creía sería una conmemoración de mis logros y se ha convertido en el testimonio de mi desgraciado destino. Los augurios de mi brillante inicio se han transformado, merced a burdas mentiras y sucias confabulaciones, en los designios de un injusto perdedor. No me queda más remedio que dejarme llevar por el devenir de los futuros acontecimientos. Cada uno puede trazar su propio plan, pero no siempre se pueden superar las manipulaciones que algunas mentes infames van consumando. No me considero responsable de los sucesos ni de las víctimas que ha causado el accidente en la isla de Ambon. Otros han movido los hilos para que se desencadenara el fatal desenlace.

Es evidente que ahora descubrirán dónde me oculto. No me quedará más remedio que pagar por las conspiraciones que me han conducido a este triste final.

Comentario del usuario exé_je_sis el día 22/06/2010 a las 22:17:

Pues no sé si tienes razón colega. No entiendo mucho de lo que pones pero la que has liado ha sido fina. ¿Te has cargado tú solito a más de un millón de personas? Creo que deberías mirarte lo de la vista. Ese extraño daltonismo tuyo no te permite darte cuenta de que a los que has dado un destino que no querían es a todos esos inocentes.

22/12/2009 – DESTIERRO por Jaime Orozco

Un anillo volcánico en las Molucas es el enclave ideal para la construcción de un sincrotrón. Pasa desapercibido y los esforzados científicos pueden combinar largos períodos de duro trabajo con vacaciones idílicas, con todos los lujos.

El mayor acelerador de partículas, en el lugar más recóndito del planeta, también es el destierro ideal con el que castigar al científico inoportuno que puede desvelar los tejemanejes de los impúdicamente galardonados.

Sin embargo, mientras ellos se jactan en su despacho, voy a demostrarles hasta dónde puede llegar un intelecto superior. Y esta vez no me voy a dejar seducir por los beneficios materiales de un hallazgo banal. Aquí tengo los medios precisos para hacer realidad un vórtice de Kelvin y someter sus voluntades ante las indiscutibles fuerzas que rigen este mundo. Con el vórtice energético van a poder ver su propio destino y las consecuencias de sus actos.

*Comentario del usuario **Sincretense** el día 25/12/2009 a las 01:12:*

La ira de la mente provoca la mentira. Aquellos que se dejan llevar por la irracionalidad, están ciegos. El que quiere ser grande, debe aparentar ser pequeño. El demiurgo se revela por su sencillez.

22/06/2009 – UN IGNOMINIOSO PREMIO NOBEL por Jaime Orozco

¡Estrangulados por la medalla! Espero que se atraganten durante el banquete en el City Hall de Estocolmo.

Me estoy imaginando esa farsa de competición por llegar a la meta de la máquina antigravitatoria. Mientras los clarividentes del equipo de la NASA siguen exprimiendo el jugo a la patraña del condensado de Bose-Einstein, tomando el pelo a los ignorantes políticos, en el CERN irán desenredando la madeja de los campos de Higgs que me han usurpado sin vergüenza alguna.

Me impidieron el acceso al ordenador. No puedo rescatar las evidencias que me permitirían demostrar cómo me despojaron de la idea que va a cambiar el mundo. Toda la información que les ha facilitado llegar al descubrimiento y conducir la investigación por la línea correcta, nace de mis experimentos. No tengo forma de conseguir ese reconocimiento. Y, para evitar que les complique la vida, me han comunicado el cambio de proyecto. Les he facilitado todo, las claves para encontrar el dichoso bosón, el camino para abordar uno de los sueños de la ciencia y la tecnología moderna, y ahora pretenden quitarme de en medio.

¡Ahogados en ríos de champán! Espero que se hundan por el peso de sus bolsillos repletos del infame dinero que se van a repartir a mi costa.

*Comentario del usuario **Settleman** el día 28/06/2009 a las 18:18:*

Yo de ti no me preocuparía. No te hagas mala sangre. Parece que te han jugado una muy mala pasada, pero tómatelo con calma porque te va a suceder más veces en la vida. Son lecciones que vamos aprendiendo con los años y, aunque te vas a encontrar gente así por todos lados, siempre se puede seguir soñando con la siguiente meta. Anímate y no desfallezcas. La vida te seguirá dando oportunidades y con tu inteligencia alcanzarás ese destino glorioso. Estoy convencido de que pasarás página y encontrarás otro camino triunfal.

22/12/2008 – EL CAMINO DEL ÉXITO por Jaime Orozco

Los experimentos están empezando a dar sus frutos. Ya estamos publicando los primeros resultados y la comunidad científica de todo el planeta no deja de mirarnos con ojos envidiosos. Y, a pesar de todo, tengo la extraña sensación de que el maremágnum que empieza a apoderarse del equipo podría llegar más lejos todavía.

No tengo talentos especiales, pero sí soy profundamente curioso. Y esa curiosidad me está llevando por un improvisado camino. En las teorías de Higgs hay un pequeño resquicio que voy a explorar. Lo importante es no dejar de hacerse preguntas. Se me están ocurriendo muchas preguntas y tengo el presentimiento de que me encontraré las respuestas que me dirigirán directamente a la cumbre.

*Comentario del usuario **exé.je_sis** el día 10/02/2009 a las 14:43:*

Los herederos de Einstein deberían cobrarte por el copyright. Tendrías que ser un poco más original.

22/08/2008 – EL PROYECTO TEOFANÍA por **Jaime Orozco**

Como suponía, he pasado a formar parte del proyecto Teofanía. Un nombre un poco ampuloso, pero no tremendamente apropiado respecto a los resultados que se pretenden obtener. Con el LHC plenamente operativo, en cuestión de escasas semanas un diluvio de felicitaciones y de reconocimientos públicos van a inundar los despachos y los laboratorios del CERN. Tenemos en nuestras manos una ocasión única para mostrar al mundo el bosón de Higgs y dar el empujón definitivo al modelo estándar de la mecánica cuántica.

Ya lo dijo Einstein: “El hombre encuentra a Dios detrás de cada puerta que la ciencia logra abrir”. Y esta va a ser la ocasión propicia para verle la cara de cerca.

22/07/2007 – GRANDES ACONTECIMIENTOS EN MI VIDA por **Jaime Orozco**

Quiero que estas primeras líneas de mi blog sirvan para celebrar la consecución de mi doctorado en física cuántica. Me he dado cuenta que, en estos momentos, la mecánica cuántica es como un libro parcialmente intonso en mis manos. Y me he propuesto que, en el momento en que esté disponible el LHC del CERN, sea el abrecartas que me permita separar esas hojas repletas de enigmas para la ciencia.

*Comentario del usuario **tiralevitas** el día 25/07/2007 a las 11:35:*

Mi más sincera enhorabuena. Me admira que haya gente capaz de plantearse la vida con tanta antelación, con las ideas tan claras y con esa ambición tan sana. Te deseo la mejor de las suertes y espero que compartas con nosotros tu fortuna y tus logros.

*Comentario del usuario **Escéptico** el día 24/06/2010 a las 11:55:*

Anda que no te das ínfulas. Eres un crack. Yo quiero ser como tú. Vaya historia. No hay nadie que se la trague. Yo tampoco tengo mucha idea de todo lo que cuentas, pero únicamente me creo tu doctorado en física. Y ya habrás tenido que copiar para llegar a obtenerlo, seguro. Con el resto hay que echarle mucha imaginación para inventarse una historia así. No perdáis el tiempo leyendo esta sarta de mentiras.

*Comentario del usuario **Settleman** el día 27/06/2010 a las 18:16:*

Yo creo que no es para tomárselo a broma. No sé si tiene algo que ver la explosión en el centro de investigación con los terremotos, los tsunamis y las erupciones volcánicas. Pero se han podido ver los muertos por televisión y creo que merecen un respeto.

Comentario del usuario Escéptico el día 28/06/2010 a las 12:35:

Y tú también te crees que éste, apretando unos botoncitos, ha provocado esa hecatombe, ¿no?. No me vengas con milongas.

Comentario del usuario Sincretense el día 10/07/2010 a las 03:21:

Las fuerzas que se desatan a través de un vórtice energético escapan a la compresión humana. No estamos predestinados a jugar con fotones, gluones, quarks y leptones. La supraenergía liberada ha desplazado a los habitantes del archipiélago a una dimensión en la que, mediante la transustanciación, gozarán del privilegio de encontrarse con todas las ánimas de la Octava Esfera. Han sido afortunados al alcanzar ese estado y serán dichosas sus reencarnaciones.

Comentario del usuario Escéptico el día 12/07/2010 a las 12:08:

Otro que tal baila. Ja, ja, ja.

Comentario del usuario exé_je_sis el día 22/07/2010 a las 19:51:

En fin. Está visto que hay quien no se complace con nada.

Mentiras – Destino

Morfina

Debo recordarle que está usted bajo juramento. ¿Quiere contestar la pregunta?

Le miro directamente a los ojos; los tiene vacíos y acuosos, con esa mirada extraña que da la miopía. Le oigo, la verdad es que le oigo. Aunque muy lejos, amortiguado y ridículamente grave, lento, como si se le hubiesen agotado las baterías. Sus ojos clavados en mi rostro y yo le miro, no puedo dejar de hacerlo. No pestaño, no veo, sólo miro.

Siento el puto corazón, no deja de latir. Pom, pom. Le noto en las sienes, bronco, profundo, dejando cada contracción en suspense durante una eternidad, como si nunca más fuera a continuar. Pom, pom. Veo sangre, sé que no es mía. Tengo frío. Pom, pom. Sé que la sala está llena y que todos me miran a mí. Lo siento, cuando alguien espera que hable las palabras se me anudan a la garganta. Sólo ella conseguía el efecto mágico. Podía hablarle durante horas. Podía. Sé que la sala está llena. Todos esperan que haga algo. Les veo mover los labios. Aunque ya no les oigo. Mi corazón me está dejando sordo. Pom, pom.

¿Va a contestar la pregunta?

La voz resuena en mi cabeza. Otra vez. ¿La pregunta? Pom, pom. Ahí lo tienes, esa es mi respuesta. Continúo mirándole y no le veo. No le oigo. No siento su presión, su tono admonitorio. Sé que debo decir algo. Pero ya estoy muy hondo. Vuelvo atrás dos semanas.

Tiene gracia. ¿Hay algún sentido en ayudar a morir a la persona que más quieres? Yo tampoco me lo explico. Pero no podemos luchar durante más tiempo. Y este acto, muy al contrario de lo que pueda parecer, ha exigido que reúna todo mi amor por ti. Te quiero. Tanto que no puedo verte sufrir por más tiempo. Ya no hay morfina que te alivie; gritas tu agonía con los ojos, tan alto y tan profundo que no puedo soportarlo. Que Dios me perdone.

Poco queda para nosotros, escasamente migajas de esperanza y ni una moneda. He malgastado hasta el último céntimo de nuestros ahorros en los médicos más caros que he podido permitirme, que nos hemos podido permitir. Y todos han coincidido en lo mismo: sólo cabe esperar. Esperar a que mueras, quieren decir, como si eso fuera tan sencillo. Cabrones, oír eso me ha costado una fortuna. Ellos tenían que haber hecho algo, pruebas, fármacos nuevos, operar. Lo que fuera. Pero no, se quedaron ahí sentados, con su immaculada batita blanca. Se parapetan tras su escritorio para soltarte que te mueres, que no hay remedio, que estás jodido, vamos, tanto si te gusta como si no. Y son tres mil. Pasmado, muerto y en la ruina.

Y eso no es todo, no. Tienes que aguantar además que las putas inyecciones de morfina te las autorice un inspector, y si no, no te las venden. Y encima tienes que aprender a administrarlas. Administrarlas, me decía la enfermera. No ponerlas o inyectarlas: administrarlas. Como si fuese tan fácil. Tuve que aprender a hacerlo, no puedo soportar verte así. Siempre me han dado miedo las agujas y ya ves, practicante.

Después de cada dosis te quedas dormida, respirando pausadamente, acurrucada contra el cabecero. Y yo me deslizo con cuidado debajo de las mantas, no quiero despertarte. Me arrimo a ti, siento tu calor, tu respiración abrasadora y húmeda. Y me quedo inmóvil, escuchando tu corazón y tus latidos. Y los míos. ¿Sabes que consigo que vayan al unísono? Lo he logrado varias veces, como antes. Ahora sé que estamos íntimamente ligados. Nuestros caminos deben estar trazados de antemano. Sé que se juntaron para no separarse nunca. No puedes morir. ¿Qué haría yo? Lloro con cuidado, no quiero despertarte.

Tengo la solución. Me da miedo, sin embargo he encontrado la manera de terminar con tu sufrimiento. No quiero verte postrada en la cama. Es fácil. Yo iré contigo. No me preguntes de dónde he sacado el revolver. Sólo espero que funcione adecuadamente. No me atreví a probarlo porque debe hacer mucho ruido, puede alertar a los vecinos; y me da miedo alejarme de la ciudad, demasiado tiempo separado de ti. Ahora estoy alegre. No sufrirás más y yo tampoco. En los breves momentos de lucidez que consigues has entendido mi idea. O al menos eso creo. Con tal de silenciar ese dolor cualquier cosa te parece bien. Lo que no te he contado es que yo te acompañaré después. Esta parte te la explicaré cuando nos reunamos. Nuestro sino está grabado en piedra, en alguna parte. Y no pienso dejar que te vayas sin mí. A ningún sitio, ni siquiera allí donde se vaya después de la muerte.

Hoy es el día, esta noche. Lo he preparado todo: los frasquitos de morfina, los pijamas limpios, la cena especial y la pistola. Todo al detalle, tú te lo mereces. Eso y más. Casi no has cenado nada; apenas dos bocados y ya no puedes más. No importa, yo me lo como. Si no lo hago yo nadie lo hará. Me pides la inyección, cada vez te hace menos efecto y aguantas menos tiempo. Hemos triplicado la dosis, pero ya no puedes aguantarlo. Estás por encima del límite y el inspector me dice que puedes tener problemas graves de salud. Sí, es un gilipollas. Problemas de salud. Te estás muriendo y le preocupa que tengas un infarto. Al menos te has reído, sólo dos carcajadas pequeñas y has acabado tosiendo. Te has reído y eso no ocurría desde hace más de un año de lágrimas y dolor. Desconozco cómo has aguantado tanto. Yo te hubiese suplicado la muerte mucho antes. No tengo cojones para aguantar lo

que has aguantado. Tú sí.

Por fin te llega la oleada. Respiras profundamente dos veces y aguantas sin dejarte llevar por el sueño, no esta vez. Extiendes la mano, sorprendentemente firme y segura. Me pides el arma. Y yo te la doy. Tengo miedo, pero debo dártela. Está cargada, la pongo en tu mano, no la suelto, tengo miedo. Me asusta que no exista el más allá. Entonces recuerdo: está escrito, tú y yo somos uno sólo.

Cuando te conocí eras tan joven y tan ingenua. Y qué guapa. Eras una cría y me enamoré de ti perdidamente. Te saco más de veinte años, aunque eso nunca ha supuesto un obstáculo. Somos muy felices, así de simple y de rotundo. Lo hemos sido, lo somos y lo seremos siempre. ¿Alguien tiene dudas sobre eso? No, no es posible dudar de lo evidente. Nuestro hado ha sido caprichoso. ¿Cuántas veces lo hemos hablado? Algo hizo que nos encontráramos por casualidad, que tropezáramos y se trabasen nuestras vidas. Algo que ni tú ni yo comprendíamos entonces, pero que ahora yo sé: es el Destino con mayúsculas, el orden superior que rige el azar. Tú y yo estamos destinados a compartir una vida.

El disparo me sobresalta; me asusta tanto que por un momento creo que se ha oído en toda la ciudad. Permanezco inmóvil a la espera de gritos de alarma, de sirenas de policía y de golpes en la puerta. Pero nada ocurre. Sólo tu rostro ha cambiado. Sé que ha desaparecido el dolor. Cierro tus ojos, para que duermas mejor. Ahora me toca a mí. La droga me ayudará. Temo al dolor, a la muerte no. Preparo con cuidado la inyección. Ahora es algo mecánico, tanto que no necesito pensar en ello mientras lo hago. Soy incapaz de apartar los ojos de tu cara. No tengo ninguna duda que hemos acertado: esta es la solución, para siempre juntos. Ya no importa nada más. Te quiero.

¿Va a contestar la pregunta de una vez?

Me están hablando a mí. Pom, pom. El corazón se me desboca. ¿La pregunta? Sé que debo responder, sé lo que debo decir. Para siempre juntos.

Yo lo hice. Le disparé en la cabeza. Volvería a hacerlo.

¿Está usted seguro de lo que dice? ¿Sabe que esa declaración le sentencia a muerte?

Me equivoqué. Dejé actuar a mi subconsciente y preparé la dosis conveniente a tu dolor. Apenas aguanté unos segundos lúcido. No pude despedirme, no pude ir contigo. Pronto nos reuniremos, amor. No pestañeo, no veo, sólo miro. Ya no les oigo.

Mentiras – Destino

Un tigre en el aire

Admito que mis primeros pasos fueron torpes. Me queda el consuelo de que cometí los deslices de todos los escritores noveles. Ni siquiera novatos. Aprendices tampoco. Aprendiz me considero ahora. ¿Entonces? Un mocosuelo, pero los gargajos ya los sabía escupir.

El título lo concebí una noche de insomnio, durante un doloroso parto de cinco horas: *Un tigre en el aire*. Debía incitar a la lectura compulsiva. ¿Estaba allí porque había saltado? ¿Desde dónde? ¿Y por qué? El título suponía la mitad del esfuerzo. Un impacto, como un buen anuncio. La otra mitad, escribirlo, llegaría sola. ¿Exagero? No.

Como una vez sugerí a mi corrector de estilo, yo —mi nombre, por cierto, es Wigowicz— me incluía en el grupo de los escritores inexpertos, pero imaginativos, no en el de los autores malogrados cuya técnica creaba, todo lo más, arcos de orina que morían en la taza del inodoro. Suspendí por eso, temporalmente, las clases con mi corrector. Me bastaba la computadora para escribir, deduje. Acepto, sin embargo, que el tigre resultante de ese experimento con la máquina perdió embrujo y espontaneidad.

Pero estaba bien escrito:

El mamífero felino muy feroz y de gran tamaño, amarillento y con líneas oscuras en el lomo y en la cola, cuya especie más popular proviene de la India, clavó los dientes haciendo presa en la parte del cuerpo que unía la cabeza con el tronco de un rumiante de cornamenta persistente cuyo núcleo óseo no dependía de la envoltura.

Mandé este arranque —a mis ojos, prometedor— a mi profesor, el cual, con malicia, replicó: “Es decir: *El tigre mordió el cuello de un antílope.*” Quiso añadir: “Fascinante comienzo”, pero no le consentí la ironía. Su cuenta corriente tampoco le permitía excesivas guasas con los compradores de consejos literarios.

Me preguntó qué leía. Otro de sus edictos —con el que estaba de acuerdo— rezaba que todo escritor llevaba dentro un buen lector. Me apliqué a ello, y el siguiente tigre lo redacté bajo la tutela de Henry James:

El mundo había llegado a reconocer al tigre de bengala, pero yo había sido de los primeros en consagrarlo. La muchedumbre se congregaba hoy en su jaula, pero yo me consideraba el sacerdote dedicado a su culto. Sostuve, creo, que había hecho más que cualquiera por preservar su memoria, para lo cual confeccioné un altar que aún puede visitarse, y lo hice esclareciendo algunos aspectos de sus costumbres. Nada debíamos temer del tigre porque nada debíamos temer de la verdad; y llegar a la verdad era el único fin que me guiaba. Había existido la impresión general de que me había portado mal con él. El tigre, sin embargo, concluyó, sospecho, que nadie se habría conducido con mayor rectitud que yo, dadas las circunstancias. Como todos los tigres, sin embargo, se había mostrado muy poco razonable; y en ocasiones, francamente, se comportó de manera insoportable. En mi opinión, pues, la conducta del tigre no podía llamarse blanda; siempre en la medida en que yo podía imaginar ese asunto.

Mi corrector de estilo me preguntó —creo que fue su antepenúltima maldad— si pensaba invitar a mi tigre a tomar un té con pastas. Dado que el cuento estaba razonablemente bien escrito, argumenté, y seguía sus preceptos casi al pie de la letra, no debía mostrar esa desconfianza acerca de las posibilidades que se empezaban a abrir, tanto para mí como para el tigre, pues —estoy convencido de que él aún no lo percibía— el animal exudaba una savia espesa y, párrafo a párrafo, cobraba vida con un arrullo como el de las palomas. Tantos desplantes literarios de mi profesor, merecían un sacrificio. El suyo. Y sería terrible.

¿Diga? Soy Wigowicz. ¿Qué quieres? Ya lo tengo. Vale, mándamelo; hasta luego. Espera. Lo siento, Wigowicz, tengo prisa. ¿No lo percibes? ¿El qué? Está ahí, contigo. ¿A qué te refieres? Al tigre. No te entiendo, Wigowicz. Lo puedo oler a través del teléfono. Muy interesante, otro día me lo cuentas. No deberías colgar; está detrás de ti. ¿Detrás? Suspendido en el aire. Mira, no quiero que vuelvas a llamarme. En cualquier momento, saltará. Pues lo sentaré en mi mesa y le pediré que escriba un cuento. Eso sería terrible. Los he leído muy malos,

Wigowicz. Si el tigre se sienta y escribe su historia, si luego tú la lees, en fin... Sigue. No lo imaginarías. ¿Qué es lo que no imaginaría? Lo que haría contigo. Qué miedo. No te rías; está escuchando la conversación y la tendrá en cuenta. ¿Y qué hará? Lo peor, siempre lo peor. Acabo de volverme y no he visto tigre alguno a mi espalda. Es listo. Quieres decir que se ha escondido cuando me he vuelto. Exactamente. En tal caso, sólo tengo que girar el cuello para que desaparezca. No es tan sencillo. ¿Por qué? En uno de esos giros, topará con sus fauces abiertas. Entonces me comerá. No. Y si no me devora, ¿qué hará? Ya te lo he dicho: lo peor. ¿Peor que arrancarme la cabeza? Sí. Pues no se me ocurre nada peor. Piensa. ¿En qué? En dónde te encuentras. En mi casa. Y en como vives. ¿Y qué sabes tú acerca de eso? Lo que no conozco, lo imagino, y funciona. Tú no sabes un carajo. Las palabras habladas difieren de las escritas. ¿Y qué? Cada acento que pones en un lugar y no en otro, cada inflexión de voz, cada resuello, cada pausa, todo habla de ti, todo oculta una segunda naturaleza, la del tigre, y él desentraña cada mensaje, mejor que tú mismo; él espía y te conoce, como una madre que te hubiera amamantado a una edad en la que no la reconocerías; pero no te confundas; él no te quiere de esa manera. ¿De qué manera? Como una madre. ¿Entonces? Debes figurarte otros trabajos, como el de un apicultor que cría abejas para aprovecharse de sus frutos. No suena tan mal. Cierto, porque no es un buen ejemplo; el tigre acecha, escondido en los espacios cerrados. Como mi habitación. Sí; te has convertido en el cordero que aguarda el momento del sacrificio. ¿Por qué? Porque yo se lo pedí. Le será difícil esconderse. Dímelo tú, que has vuelto la cara porque has sentido algo. Lo confieso, has logrado que gire la cabeza.

Lo percibió primero a su espalda, con más claridad que nunca. Escuchó un ronroneo, como un murmullo, y eso, entendió, traducía demasiados significados para dar con el correcto así por las buenas. Podía pertenecer a un tigre alegre, pero también a uno que estuviera herido o que padeciera un dolor físico insoportable. Podía pertenecer a otra clase de bestia: la que era como un dios.

El eco del ronroneo le perforó la piel y alcanzó el tuétano de los huesos. En esa fase de laxitud, sus pensamientos también temblaron. Los sonidos del tigre asaltaron las paredes de su habitación. Los vasos sanguíneos del hombre tintinearón y sus párpados rechinaron como armazones de madera. Le sorprendió la cara del miedo de tal modo que, en lugar de salir corriendo, se paró a contar los latidos de las sienas. Uno, dos, tres. Unodostres. Se agitó el suelo, como si lo único que pudiera fijarse en la tierra fuesen rayas amarillas y negras. Aparecieron olas en los estanques y aludes en los bancos de arena. Un fango muy oloroso enturbió el agua. Se torcieron las torres y se arquearon las estatuas. Las ramas de los árboles flotaron en el aire, como antes el tigre, antes de que iniciara la catástrofe. Se agitaban como bolsas de papel, con la misma inconsistencia. Desde arriba, tasó las pérdidas producidas por lo que escapaba de las brechas abiertas en las tuberías subterráneas. Los rieles del ferrocarril se doblaron y las casas de almacén se desprendieron y nadaron luego en la corriente de agua que emanaba de cada rincón capaz de escupirla: los canales, los pozos, las alcantarillas, los grifos, su misma boca. Y aún no había sucedido lo peor. El tigre se había limitado a emitir un rugido mate, casi un ronroneo.

Entonces sucedió. Abrió los ojos y los adaptó a la nueva oscuridad. Su visión, en estas circunstancias, se había vuelto excelente. El tigre ya no se encontraba detrás. Había entrado en él. Las garras —ora retraídas, ocultas; ora extendidas, desplegadas para hostigar— le sorprendieron como sólo nos apresa lo imposible cuando lo tenemos a la vista. Descubrió, al mirarse, una cola blanca y una tripa blanca, y se sintió solitario. Como un tigre.

Entendió que el sacrificio lo había convertido en dos cosas: en una bestia y en un dios.

Lo que ocurrió después, apareció en los noticiarios y lo leyó los periódicos. Se estremeció, como si no le atañera más que al resto, como si fuese otro testigo con derecho a acalorarse y a sentir repugnancia.

Se plantó delante de un espejo de vestir. Aunque tenía motivos para odiarse, decidió que se perdonaría.
[Dioses – Sacrificio]

Directita al infierno

En el interior del establecimiento tanta calma le sobrecogió, por lo que decidió volver al coche. Era cierto que había olido a guiso allí dentro, pero nadie contestaba.

—¿Tienen?—gritó su acompañante desde el automóvil.

Tomás se rascó la pernera y sacó un DUCADOS del bolsillo de su chaqueta. Observó el revoloteo de unos pájaros en un zarzal, miró de nuevo hacia el local y en un par de caladas acabó el cigarrillo.

—Está abandonado—dijo.

—Tengo hambre, joder—oyó otra vez.

La forma de comportarse de La Platino, lo indignaba. El viejo llegó al RENAULT 12 enfurecido.

—¿No puedes esperar? ¿Es que tienes ocho años?

—Tú tienes tus exigencias y yo las mías—se limitó a decir la rubia. Luego, se alzó las tetas como si estuviese cargando sus cañones.

—Pues no pidas por pedir... (*burracona*)—denunció Tomás. El hombre se introdujo en el vehículo y arrancó el motor. Al poco, la gravilla repiqueteó en los neumáticos.

—No todo en la vida es dinero... (*hijo de puta*)—porfió ella.

El viejo la miró de mala manera y ésta agachó la cabeza.

Un minuto después, una familia salió de la gasolinera.

—Será mejor que avisemos a los demás—dijo el hombre.

El coche ya desaparecía entre los árboles.

—Por fin vuelve—dijo la madre.

La hija se abrazó a ambos.

El indicador de la gasolina no descendía más. Bajó su pie el acelerador perdía fuelle, pero lo último que deseaba Tomás era tener que recurrir a los del pueblo para solicitar ayuda.

—¡Por Dios, vaya nombrecito!—anunció La Platino a su vera.

El primer edificio que asomaba, Loro Verde Bar, era un simple bar de carreteras. A todas luces, un motel. En la entrada permanecía la LAMBRETTA verde, pinchada, cuyo manillar sujetaba la placa donde supuestamente rezaba un año de inauguración. Detrás, se vislumbraban algunos bungalows. El coche traqueteó al llegar a la cuesta, la salida del pueblo se convertía en ascenso. Por allí, la zona verdeaba en cantidades, transformándose el pavimento en una fina capa de musgo y provocando que las ruedas se deslizaran con facilidad. El viejo tuvo que disminuir.

—Qué miedo, no había un alma ahí detrás—dijo la rubia reclinándose en el asiento.

Tomás sonrió.

El portazo retumbó en el bosque. Un pájaro chirrió a lo lejos como si le hubiesen despertado de su dormir. El viejo odiaba golpear su coche, aunque fuera «carne de perro» como decían los mecánicos, pero es que la repelente maleta pesaba como un muerto.

—¿Dónde coño cree que va?

A unos metros, las sillas de plástico se insinuaban frías, la humedad acometía sobre ellas tal y como lo hacía con la barandilla del porche. Se fijó en cómo el haz de luz proveniente del ventanal asemejaba a una pantalla de cine. En fines de semana como éste: película guarra para todos los públicos. Tomás entró en la cabaña y lanzó el equipaje a unos metros.

—Tuve un novio al que le iba todo esto—comentaba La Platino.

—¿Qué coño traes ahí?—relató Tomás.

—Ya sabes, casitas rurales, barbacoas, pasear por los yerbajos, todo esto—. La rubia hurgaba en el mobiliario—. Sinceramente, prefiero follar en ciudad, ¿aquí se va la luz y qué? ¿El agua...? Los hombres sois unos guarros, os la refanfinfla no lavaros.

La mujer caminaba de un lado para otro sumida en sus pensamientos. De pronto, reparó en un pequeño altar adornado de hierba húmeda colocado en un rincón. Se postró ante él.

—¿Es que eres cura?—preguntó.

—No toques nada.

Al verla agachada, el viejo imaginó algo sucio con su trasero. La Platino, «en pompas», curioseaba demasiado; su falda de cuero dejaba entrever un tanga azul.

—No puedo creer que me esté follando a un cura—siguió—. Ya sí que voy directita al infierno.

Tomás se desabrochó la camisa y se acercó a ella.

—Qué pinturas tan extrañas de Jesucristo—siguió La Platino.

—No es Él.

El viejo agarró el trasero de la rubia y lo atrajo hacia su cuerpo.

—Bueno, ya sabes: Mesías, Padre, Altísimo..., cómo queráis llamarlo.

—¿Has visto la parte de arriba?—susurró Tomás a su oído.

Mientras subían, La Platino se dejaba besar el cuello, absorta en la cantidad de cachivaches que adornaban la cabaña; las imágenes de ese Dios extraño, las flores marchitas, las ramas secas... Sin embargo, lo que de verdad increpaba su corazón, lo que le roía por dentro, era algo que había llamado su atención y que había visto casi por casualidad al pasar entre las habitaciones. En una de las puertas del fondo había una especie de tapiz a tamaño natural, donde entre colores vistosos un Jesucristo de **BOCA GRANDE** corriendo tras María Magdalena, y tras de él... Fue entonces cuando el viejo tiró de ella, y cuando las palabras de su mentora afloraron en su cabeza: «Suponer, es la muerte de la profesión». Tomás pagaba bien, así que follaría un rato y después preguntaría.

La milagrosa aparición de un DUCADOS no le sorprendió. El proceso funcionaba así, ¿no? En el fondo del cajón debía aparecer tabaco y cuando mirara hacia allí, allí estaría. Y estaba.

El viejo se puso la chaqueta y salió a fumar.

—¿Dónde la tienes cabrón?

Junto al coche, unas doce personas, hombres, mujeres y niños, mostraban bastones y otras armas caseras. Los mayores amenazaban con los palos en alto, los niños observaban con ceño fruncido.

—¿Las violas y las matas, hijo de puta?

Tomás dio una calada de negro y clavó los ojos sobre el que le había insultado.

—Yo creo que las sacrifica o algo así—dijo otro.

—¡Di qué has hecho con ella, cabrón!—gritó de nuevo el hombre alto.

Tomás le lanzó la colilla pero ésta cayó a medio camino.

—¿Se aburren?—preguntó irónicamente.

—¿Dónde la tienes?—rogó una vieja—. ¡Dónde está la chica!

—Quiero pensar que no habéis registrado la cabaña en mi ausencia.

—¡Llamemos a la policía, llamémosla! ¡Llamemos a la policía, venga!

El viejo miró al final de la barandilla, un cigarrillo se materializaba en esa parte. Dio unos pasos cuando...

—¡Vamos, ahora!

—¡Busquémosla, no puede estar lejos!

—¡Ahora!

Los lugareños avanzaban como un clan hacia el porche. Tomás gritó:

—¡Dónde cree qué van, bajen ahora mismo! ¡Fuera!

La muchedumbre quedó un instante en silencio y poco después regresó cabeza gacha.

—¿Porqué nos haces sufrir? —preguntó el hombre alto.

—¿No sabéis cuando parar, no creéis que hubiera salido hace rato si estuviera viva?— aclaró el viejo.

La gente del pueblo esperó expectante.

—Venga, encendamos la barbacoa—dijo Tomás denegando con la mano.

El grupo rodeó la casa a paso ligero.

Dioses – Sacrificio

Había una vez un circo

—No creo que pueda hacerlo —avisó el trapealista—. Estamos hablando de un asesinato.

—Técnicamente es un accidente —puntualizó el mago.

El payaso, el forzudo y las mellizas contorsionistas asintieron. El domador de leones y la pareja de enanos saltimbanquis, sin embargo, desviaron la mirada.

—El circo está agonizando —les recordó a todos el jefe de pista. Como director se consideraba responsable de la familia circense e intentaba hacerle comprender a Toni que si estaban planificando a sangre fría la muerte de una compañera era por el bien común—. Imposible poder terminar la temporada. De seguir así nos espera disolver la compañía, malvender lo poco que tenemos y enfrentarnos a la jauría del mundo real.

Para los allí reunidos era incuestionable que la crisis estaba tocando fondo. Si el público les viera confabulando en el interior del carromato, lejos de parecerles unos intrépidos y admirables artistas, comprobarían que no eran más que unos miserables y errantes desgraciados al borde de la ruina.

—Ella ha sido una de las últimas en llegar —argumentó el forzudo—. Y vosotros los trapealistas estáis cubiertos por el seguro de vida más elevado de todos. No es nada personal.

La idea que le proponían a Toni era tan sencilla como aterradora. En su número de doble trapecio con Karina, la joven gimnasta rusa que se unió a la *troupe* un par de años atrás huyendo de la miseria de su pueblo natal, Toni simplemente debía propiciar un accidente mortal. Una desgracia laboral que sería recompensada por el seguro con miles de euros, cantidad suficiente para revitalizar el circo y evitar de momento que todos ellos se vieran mendigando en la cola del paro.

—¿Un accidente así no dañará nuestra imagen? —preguntó una de las contorsionistas, que hasta ahora se había mantenido en silencio.

—Que hablen de nosotros siempre es publicidad —aseguró el jefe de pista.

Cuando concluyeron la clandestina reunión, Toni abandonó el carromato apesadumbrado. Por supuesto, habían jurado un pacto de silencio que él no pretendía romper ni con su mujer, su pareja de trapecio durante años, cuyo embarazo y posterior hijo al que cuidar terminó relegando a la venta de entradas en taquilla. Si ella y el pequeño Toñín supieran del plan que se traían entre manos, lo desaprobaban rotundamente. El trapecista pasó cerca de los escuálidos y viejos leones, que dormitaban a la hora de la siesta tras los oxidados barrotes, y deambuló sin rumbo observando la gran carpa roja, remendada y descolorida. Quizá los demás tenían razón. Decidió considerarlo una cuestión numérica. Mejor dejar morir a una persona que no a veintitrés. Un sacrificio cruel pero necesario.

La función de la noche dio comienzo con un lleno sin precedentes. Niños, padres y abuelos ocupaban los bancos, animados por asistir al circo, el mayor espectáculo del mundo, sin sospechar que esa noche la entrada incluía una muerte en directo. En el centro de la pista de arena, el elegante y trajeado maestro de ceremonias anunciaba la sucesión de números que hacían las delicias de todos los espectadores. Daba igual la ciudad donde estuvieran. Estaba comprobado que universalmente la gente siempre se reía con los payasos patosos, aplaudían a rabiar los desfiles de animales y se quedaban boquiabiertos con las peligrosas acrobacias. Y si había un número favorito, ese era sin duda el trapecio. Por eso cuando aparecieron en escena Toni y Karina, enfundados en sus ajustadas mallas blancas y doradas, el público les recibió con una calurosa ovación. El circo quedó en penumbra y unos potentes focos azules iluminaron a la pareja de acróbatas mientras trepaban por la escalerilla de cuerdas hasta la plataforma de salida. Una vez a quince metros de altura, los dos saludaron de nuevo al público, que correspondió con un aplauso, se espolvorearon las manos con talco y cada uno subió a su trapecio.

A Toni le recorrió un sudor frío cuando se encontró frente a frente con los ojos de Karina. Atrás quedaban largas tardes de ensayos y de complicidad en la soledad de las alturas. La confianza ciega imprescindible para realizar sus arriesgadas y vistosas piruetas terminaría partiéndose aquella noche. La chica no podía sospechar que sería su última actuación. Mejor así. Karina sostuvo fijamente la mirada e inclinó ligeramente la cabeza para indicarle que estaba preparada. Toni permaneció absorto en sus pensamientos hasta que el redoble de tambores le hizo reaccionar.

Los dos, suspendidos en el vacío, dieron unos primeros impulsos a las cuerdas y comenzaron a columpiarse. No tenían red elástica que amortiguara las caídas. Nunca la habían tenido. Porque para qué engañarse, un elemento de seguridad disminuía la emoción de unos espectadores que demandaban riesgo y peligro. El público no sentía un pellizco de vértigo en el estómago si los trapecistas no arriesgaban sus vidas.

Toni y Karina empezaron con espectaculares volteretas en sus propios trapecios mientras adquirían una mayor velocidad de balanceo. Después, Toni se colgó boca abajo, anclando

sus rodillas en la barra metálica, y estiró sus brazos para recibir a Karina. Cuando ambos trapecios se acercaran en su movimiento pendular, la joven rusa saltaría desde el suyo y, tras una pirueta, se agarraría a los brazos de Toni. Aprovechando ese instante, él únicamente tenía que dejar quietas sus manos. No era necesario apartarlas ni un milímetro. Bastaba con no sujetarla y la chica caería y se estrellaría contra el suelo quince metros más abajo.

La joven tomó impulso en el momento adecuado, soltó las cuerdas y saltó de su trapecio. Durante unos segundos en los que el público contuvo la respiración, Karina dio una voltereta completa en el aire y se lanzó con elegancia a los brazos de su compañero.

Toni agarró con fuerza las manos de la chica.

En medio de un gran aplauso, la pareja se mantuvo unida balanceándose un par de veces más hasta que aprovechando la inercia conseguida, Karina se giró y voló de nuevo por los aires aferrándose de vuelta a su trapecio. Mientras, con una ágil pirueta, Toni se puso en pie sobre la barra. La altura y el contraste de luminosidad apenas le permitían intuir movimientos en tierra firme, pero sabía que sus compañeros se mantenían a la espera, dispuestos para avisar a los servicios de emergencia, evacuar al público y fingir un gran dolor ante la terrible desgracia que iba a ocurrir. Sólo restaba cumplir lo pactado. Pero aunque aún dispondría de varias oportunidades para provocar el accidente, el trapecista ya había aceptado que no era capaz de sacrificar una vida humana. No tenía ni el valor ni la sangre fría de traicionar a su compañera, así que se concentró en el ejercicio, tensó sus músculos, y esta vez fue él quien ejecutó con precisión un doble mortal en el aire para terminar en el mismo trapecio de Karina. La pareja se columpió entonces cara a cara sosteniéndose en las mismas cuerdas y Toni le dedicó una sonrisa a la joven cuya importancia quizá ella nunca llegara a valorar. A continuación, con una coordinación impecable, ambos entrelazaron sus piernas en la barra y se colocaron boca abajo, dándose la espalda y contrapesándose el uno al otro mientras el trapecio continuaba en su imparable y acelerado vaivén. El fascinado público tenía la impresión de que terminarían rozando la cúpula de la carpa.

Los dos acróbatas se agarraron fuertemente por las muñecas, y Toni desenredó sus piernas dejándose caer de forma que se quedó colgado de las manos de Karina. Sin embargo, los dedos de la chica no hicieron la fuerza de costumbre. La joven rusa dejó las manos sudorosas estiradas y los dedos de Toni se resbalaron a pesar del talco y de su insistencia por aferrarse a la vida.

En su inevitable caída, el trapecista clavó sus desorbitados ojos en los fríos y calculadores de su compañera y comprendió lo ocurrido. Ella sí había sido capaz. Una mentira a dos bandas que aseguraba resultados si al menos uno de los dos cumplía lo pactado. *Vosotros los trapecistas estáis cubiertos por el seguro de vida más elevado de todos. No es nada personal*, fue lo último que recordó el cerebro de Toni mientras se precipitaba al vacío. El trapecista terminó su veloz descenso de quince metros de altura estrellándose brutalmente contra el suelo, emitiendo un crujido seco al partirse la columna y el cráneo en el acto. Su ajustada malla blanca y dorada se tiñó de rojo, y por la arena comenzaron a fluir finos riachuelos de sangre.

Del público puesto en pie surgieron chillidos desgarradores y el jefe de pista se llevó las manos a la cabeza simulando una gran sorpresa por lo sucedido. Los saltimbanquis y el forzudo acudieron corriendo y se arrodillaron alrededor del cuerpo del trapecista, más para comprobar que estaba bien muerto que para lamentarse por la pérdida. Mientras, el payaso llamaba a los servicios de emergencia, avisando entre fingidas lágrimas del terrible accidente que acababan de sufrir en el circo.

Sacrificio – Mentiras

Libertad

¿De dónde vendría aquel olor a quemado? La casa apestaba a humo.

—¿Cómo puedes estar ahí sentado tranquilamente mientras cientos de guardias te están buscando? —me preguntó de repente Rona.

—¿Y qué puedo hacer? Vaya donde vaya acabarán encontrándome. Ya conoces la eficacia del sistema.

Sus tersas mejillas adquirieron un enojado tono rojizo.

—¡Por Dios, Charls! ¿Sabes lo que te espera si te cogen? ¡Probablemente te reinicien! ¡Esperando sentado sólo facilitas tu captura!

Estaba demasiado nerviosa para entender que, hiciera lo hiciera, tarde o temprano acabarían apresándome. No había modo de escapar de las fuerzas del Orden y la Ley.

Me encogí de hombros con resignación.

Rona se giró bruscamente haciendo ondular sus hermosos y largos cabellos negros. Se dirigió a la ventana. No tardó en pasar su mano por el marco cambiando la vista de la calle por aquel bello y pacífico paisaje otoñal que tanto le gustaba.

—¿Por qué? —susurró entre sollozos, sin apartar la vista de la ventana— ¿por qué tuviste que crear “Libertad”?

—No lo sé, Rona —contesté tras un largo silencio—. ¿Nunca has tenido la necesidad de hacer algo sin entender las razones? ¿Aún sabiendo que ese algo te acarreará problemas? —ella seguía en silencio junto a la ventana, con la cabeza inclinada, sus cabellos ocultando las lágrimas que yo sabía se deslizaban por sus mejillas— No sé, Rona. A veces pienso que no somos más que marionetas sujetas a un destino del que no podemos escapar. Cómo si todo estuviese ya dispuesto y no tuviéramos más remedio que seguir el camino que nos han marcado.

—¡No digas tonterías, Charls! —estalló girándose y mirándome con sus profundos ojos negros anegados de lágrimas— Tú nunca has creído en esas cosas. ¡Destino, futuro, Dioses! Simples palabras, engaños que nos hacen débiles. Sólo existe el presente y aquello que puedas ver y tocar. ¡Son palabras tuyas!

Se hizo un silencio en el que nuestras miradas quedaron clavadas la una en la otra.

—Nunca debiste crear “Libertad”—comenzó de nuevo, con un susurro—. Hace soñar a la gente. Les da ilusiones. Les hace pensar que puede haber un mundo mejor, que pueden cambiar el sistema, que pueden ser libres. Ya es demasiado tarde para eso, Charls. Hemos llegado a un callejón sin salida. Nuestras vidas están controladas en todo momento. Cualquier cosa que hacemos es retransmitida al Centro de Prevención y Control para ser evaluada por el sistema y...

—¡Lo sé, Rona, lo sé! Y cualquier nimiedad puede ser considerada una amenaza para el Orden y la Ley y hará que tengas a los guardias en la puerta de tu casa en unos minutos —en ese momento me di cuenta que el olor a quemado estaba siendo más intenso—. No tienes que recordarme cómo funciona el régimen.

»Y tienes razón —continué tras una breve pausa—, no quiero creer en el destino, pero no significa que a veces no tenga mis dudas. Te diré porque creé “Libertad”. Tengo una mente inquieta, siempre estoy dándole vueltas a las cosas, pensando, imaginando; por suerte, en ese aspecto aún somos libres. Pero necesito expresar esos pensamientos e ideas, darles forma, compartirlas. Por eso me hice imaginador. Podría limitarme a crear historias fantásticas, de amor o de aventuras, sin ningún mensaje, sin ninguna moraleja, como hacen la mayoría de imaginadores. Pero quiero compartir mi opinión, mostrar mi rechazo al sistema, provocar un sentimiento en la gente, intentar que abra los ojos, que luche por la libertad, que no se acobarde y compruebe que somos muchos los que estamos en contra del régimen. Juntos podemos cambiar las cosas si nos lo proponemos, aunque tú pienses que estamos en un callejón sin salida.

—Eres un soñador —dijo Rona meneando la cabeza.

—Llámame soñador si quieres, pero no soy el primero... ni seré el último. La humanidad ha pasado por muchas épocas de tiranía y represión y han sido muchos los que, como yo, han apostado por intentar cambiar el estado de las cosas difundiendo sus opiniones. Hace unos siglos lo hacían los escritores. Codificando su imaginación y pensamientos con las letras, creaban mundos y propagaban sus inquietudes en aquellos bloques de papel llamados libros. Ahora es mucho más sencillo. Con el neuroconversor podemos crear mundos que el “lector” no sólo ve, sino vive y siente tal y cómo el autor desea.

El timbre de la entrada me interrumpió tajante. Una fría voz sonó tras la puerta.

—Guardia del Orden y la Ley. Dispone de veinte segundos para abrir. Si no lo hace, la puerta será abierta atendiendo al artículo 3.b del Código de Obediencia Civil y será amonestado con una sanción de cincuenta créditos.

Rona se acercó rápidamente a mí. Me cogió de las manos. Me levanté y la abracé tan fuerte como pude. Sabía que era nuestro último instante juntos. Tras el reinicio, ya no la reconocería.

—¡Cinco segundos! —la voz del guardia sonaba impasible y seca. Posiblemente se trataba de un reiniciado. Muchos de ellos pasaban a engrosar las filas de la guardia para dar ejemplo de reconversión y aceptación de las Leyes.

—Abrir puerta —susurró Rona mientras sus lágrimas bañaban mi cuello.

Tan pronto se abrió la puerta, dos hombres uniformados entraron en la estancia. En sus pechos brillaban las aspas doradas del Orden y la Ley.

—Charls Fraund Bermot. Queda arrestado por violación del artículo 21.a del Código de Convivencia y Respeto. Se le acusa de promover la revuelta, sublevación y alteración del Orden y la Ley. Entréguese de inmediato o será reducido.

—Me entrego —respondí tal y cómo dictaba el protocolo. No deseaba recibir tan pronto una descarga que me friera el cerebro.

Alcé los brazos y poco a poco me separé de Rona. Ella quedó inmóvil, con la cabeza agachada, las lágrimas surcando sus mejillas.

Uno de los guardias se adentró en la casa para confiscar todas las copias de “Libertad”, el otro me agarró del brazo obligándome a salir. En ese momento volví a ser consciente del olor a quemado, ahora más intenso, más palpable. Incluso el aire estaba enrarecido. Una ligera neblina de humo lo invadía todo. Nadie parecía darse cuenta de ello y sin embargo, inconscientemente, yo también me estaba comportando como si no me diera cuenta de nada.

En el corto lapso de tiempo que duró el trayecto hasta los Tribunales aquel extraño humo disperso se fue espesando y adquiriendo un tono cada vez más oscuro. El olor a quemado

era ya insoportable, el humo lo invadía todo. Costaba respirar.

Todo estaba preparado para el juicio. La magistrada me miró a través del humo con gesto amenazador desde un enorme altar decorado con las aspas doradas del Orden y la Ley. Frente a mí, el cuerpo del delito: todas las copias de “Libertad” apiladas sobre una trituradora.

—Charls Fraud Bermot —comenzó la jueza con voz entrecortada a causa del irrespirable ambiente cargado de humo—. Ha violado usted el artículo. . .

La jueza dictaba su sentencia entre carraspeos. Sentí que había fracasado. “Libertad” iba a ser destruido. El mundo que había creado, donde todas mis ilusiones se hacían realidad, iba a desaparecer. Un mundo que a veces soñaba que existía, que el mero hecho de haber sido concebido fuera suficiente para que cobrase vida. Soñar que yo era como un Dios. Un Dios que había creado su propio mundo perfecto.

—... por todo ello, será reiniciado y reintegrado en nuestra comunidad como guardia del Orden y la Ley.

»¡Alguacil! proceda a la destrucción de los discos.

Cuando alcé la vista vi algo insólito. En el techo de la sala se había creado una mancha negra, redonda y de bordes relucientes, que iba creciendo por momentos. El casco reiniciador comenzó a bajar sobre mi cabeza. El alguacil empezó a echar las copias de “Libertad” en la trituradora. Los bordes de la mancha brillaban cada vez con más fuerza, agrandándola con su implacable avance, dejando un vacío aterrador a su paso. Sin embargo, todavía nadie parecía advertir lo que estaba sucediendo, ni siquiera yo reaccionaba. Era como si fuéramos actores en una obra de teatro y estuviéramos condenados a interpretar nuestro papel pasara lo que pasara. Los refulgentes bordes de la mancha estallaron en llamas de repente. Unas llamas que todo devoraban, todo lo engullían. “Libertad” se reducía a polvo en la trituradora mientras la Sala del Tribunal era reducida a cenizas por las llamas. Unas llamas que abrasaban la sala como si de una hoja de papel se tratase.

Como una hoja de papel. . . como la frágil página de un libro. . .

Entonces comprendí la terrible verdad de lo que estaba sucediendo. Comprendí que siempre había estado equivocado, que sí existía un Dios, que yo mismo lo había sido. Comprendí que nadie en el mundo en que yo vivía podía escapar a su destino, porque ya estaba escrito. Todo estaba escrito.

Y comprendí que mi Dios, mi creador, estaba viviendo mi mismo destino.

Dioses – Destino

Ultimátum

La niña entró en la iglesia con el gesto sobrecogido. Sabía lo que le esperaba allí dentro y no estaba muy segura de querer pasar por ello. Sin embargo no tenía otra alternativa. Así que, a pesar de todos los temores, se internó en las penumbras y el silencio la rodeó. Caminó casi de puntillas por la nave central, recorriendo el pasillo entre los bancos de madera donde se sentaban los feligreses, ahora vacíos por completo. Bueno, casi por completo.

Había un hombre en uno de aquellos asientos. Era apenas una sombra oscura pero pudo ver a la perfección sus manos apoyadas en el respaldo del banco que tenía delante. Manos pálidas, blancas, tanto que parecían brillar. La niña se fijó en que, al verle, la luz que penetraba por las coloridas vidrieras había disminuido de golpe, como si el cielo más allá se hubiera cubierto de nubes de tormenta. El hombre miraba hacia el altar, fascinado por la gran cruz que lo presidía, y no pareció advertir su presencia. Ella se sentó a su lado.

—Hacía mucho tiempo, Miguel —dijo de pronto el hombre, sin volver la mirada.

La niña también dirigió los ojos al altar y unió sus manitas en un gesto de oración.

—Es cierto, Lucero —respondió—. Han cambiado mucho las cosas desde entonces.

—Sí, mucho. Pero supongo que ésta no es una visita de cortesía. ¿Por qué me has llamado?

La muchacha inspiró, como buscando fuerzas para poder decir lo que había venido a comunicarle.

—Padre está a punto de morir —soltó con voz temblorosa.

El hombre no se inmutó.

—Padre lleva mucho tiempo muriéndose —comentó—. ¿Dónde está la noticia?

—No, esta vez es realmente el final: no aguantará mucho más. He venido a decírtelo, a advertirte...

Ahora sí, el hombre volvió la cabeza para mirarla. Tenía la cara tan blanca como las manos y en ella destacaban unos ojos dorados, felinos.

—¿Advertirme de qué? —quiso saber.

—Este experimento tuyo tiene que acabar, Lucero. Hay rumores... Los demás no seguirán permitiendo esto después de que Padre muera. Él te lo consintió pero...

—¿Que me lo consintió? —la interrumpió el hombre, casi gritando— ¿Cómo que me lo consintió? ¡Si me echó de su lado! ¡Todos me echasteis de vuestro lado! ¡Y ahora me vienes con que no lo seguiréis permitiendo! ¡Nunca lo habéis permitido!

Se levantó dispuesto a marcharse, indignado, pero una mano de la niña le detuvo.

—Escúchame: o lo acabas tú o lo acabarán *ellos*...

El hombre pálido miró a la preciosa niña que le sujetaba. Sus ojos refulgían de ira.

—Lleváis intentándolo desde el principio —casi escupió las palabras—, envenenándolo todo con vuestras mentiras, hasta el punto de que mi propia descendencia me odia. ¿Qué más podéis hacer?

—Sabes muy bien lo que pueden hacer.

La expresión del hombre cambió de golpe y la rabia dio paso a la sorpresa, la incredulidad.

—¿Seríais capaces?

No hizo falta que la muchacha contestase. Lucero comprendió que lo harían sin la menor duda.

—¿Destruiríais todo por lo que he luchado, por lo que he sufrido...? ¿Por qué? No lo entiendo. Nunca lo he entendido. ¿Tanto miedo tenéis? ¿Tanta envidia de mí, de lo que he logrado?

—Sabes perfectamente que no es por eso.

—¿Entonces por qué?

—Por que lo que hiciste fue horrible —fue la respuesta que obtuvo—. Tu experimento es una obscenidad que nunca debió realizarse. Pero aún se puede remediar: termínalo, destrúyelo... y serás perdonado.

La mirada del hombre se dirigió de nuevo hacia la cruz.

—¿Y podría volver? —susurró.

Ella sonrió con dulzura y acarició su mano.

—Siempre has tenido las puertas abiertas. Sólo te pedimos que acabes con esta locura.

La madera del banco en que se apoyaba Lucero crujió entre sus dedos engarfiados. En el exterior, el cielo se oscureció aún más y algunos truenos retumbaron a lo lejos.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensármelo? —preguntó con voz ronca.

—Lo que Él tarde en morir —contestó la niña, que se incorporó—. Bueno, ya te he avisado, ahora todo está en tu mano. Ya sabes cómo ponerte en contacto conmigo.

—Sí, lo sé...

La vio alejarse camino de las puertas del templo, en apariencia sólo una niña frágil y hermosa que salía de una iglesia sombría. Lucero suspiró. Estaba cansado, muy cansado. Llevaba demasiado tiempo sufriendo por un viejo sueño, por una loca ilusión. Y ahora todo se acababa. En el fondo siempre supo que todo terminaría así, que su proyecto estaba condenado al fracaso. *Ellos* nunca habían permitido que prosperase.

Abandonó él también la iglesia, caminando despacio. Fuera empezaba a llover. El cielo parecía llorar. Sonrió con tristeza. Qué ironía. En realidad el cielo estaba ahora mismo radiante de felicidad. Hiciese lo que hiciese, plantase batalla o no, todo lo que había levantado con tanto esfuerzo sería destruido. Sólo tenía que decidir si lucharía por ello, como ya hizo una vez, mucho tiempo atrás.

Echó a correr bajo la lluvia.

Dioses – Mentiras

El castigo

¿Qué eres? Sólo una herramienta, el instrumento desde el principio.

Entonces, ¿por qué?, ¿de dónde vienes en realidad? Te lo has preguntado ya, ¿no es cierto?

Ibas a ser sacrificado para limpiar tu culpa, tu mala suerte, tu maldición.

¿Y todo por qué? Fuiste marcado al nacer. Horrorizaste a todos tan sólo por el hecho de nacer ese día. No se supone que nadie deba nacer en esa fecha. Es un mal presagio.

Esa mañana cuando supieron que aquella mujer primeriza estaba por dar a luz nadie la asistió, esperando que lo peor no sucediera, es decir, que por lo menos murieras en el parto, o quizás los dos, y poder limpiar esa mancha. Sin embargo aconteció lo peor: naciste fuerte y sano.

Tu madre no podía con la culpa y la vergüenza, pero ganó el instinto y no se separó de ti en más de una semana. Cuando la fueron a buscar en su aislamiento, con amuletos protectores y hierbas purificantes, te encontraron sólo a ti. Aquella mujer estaba muerta a tu lado, todavía caliente. Segundo presagio.

Tomaron pues a ese niño y se reunió el consejo para decidir qué medidas debían tomar. Cualquier precaución es poca cuando hay señales tan poderosas marcando un destino aciago.

Decidióse que debías ser sacrificado. Esperó el pueblo entero ansiosamente la llegada de la siguiente luna llena, noche en que se celebraría el sacrificio por determinación del consejo. Eso aumenta la efectividad del rito, dicen, pues la desgracia podría ser grande en caso de que éste no funcionara.

Tú no puedes recordarlo ahora, pero reinaba un silencio espectral ese día desde que salió el sol.

La vieja comadrona que traía al mundo a los niños de este pueblo era la indicada para sacarte de él. Así pues, llevaba una semana en meditación y purificación para llevar a cabo su tarea.

Cuando la luna llena estaba en lo alto del cielo e iluminaba el pueblo con gran luz, se reunieron los pobladores en la plaza central. No era una gran plaza, pero considerando que el pueblo tampoco era muy grande, digamos que cumplía con su cometido.

Nadie se perdió aquello, desde el más pequeño hasta el más anciano. Todos vieron cómo la vieja se acercaba a ti con su gran cuchillo. En el momento en que lo alzaba, rodeada por el consejo, se quedó ahí, tiesa, y después cayó al suelo muerta. Tercera señal.

Los miembros del consejo se quedaron petrificados y el resto de los pobladores huyeron a refugiarse en sus casas.

El consejo no durmió esa noche. ¿Qué salió mal?

El hado determinó que debías ser salvado, así pues, quiénes eran aquellos hombres para contradecirlo. Era tu destino seguir viviendo con el pueblo. Ahora el problema era cómo cuidar a un bebé que se ha quedado sin familia. La madre fallecida pocos días después del parto; el padre, muerto de una extraña enfermedad meses atrás. La familia materna era de un pueblo vecino, aunque no tan cercano. Sólo quedaban los abuelos paternos, los ancianos panaderos.

Dado que el sacrificio no fue consumado con tu muerte, debía consumarse con una vida de sacrificio.

Todavía estaban atemorizados por lo acaecido la noche anterior cuando, al despertar el día siguiente, se hizo el anuncio público.

Te has de imaginar el pesar de tus abuelos cuando escucharon la noticia, ¿cierto? Así es, les cayó como balde de agua fría. Claro que era de esperarse que tuvieran que hacerse responsables de esa criatura, no habiendo otro familiar más cercano. Pero siempre queda la esperanza.

Los primeros días fueron difíciles, pues todos estaban espantados. La gente no quería ir a comprarles, pues nada querían tener que ver contigo. Con el tiempo eso pasó y la situación se normalizó para los pobres panaderos. Tu abuela, vieja ya y sin energías, se dedicó a cuidarte. Poco a poco llegaste a suplir la falta de su único hijo muerto. ¿Y qué decir de tu abuelo? Por lo menos te enseñó su oficio. Supongo que fuiste para él sólo un ayudante y te hizo cumplir casi al pie de la letra aquella resolución de una vida sacrificada. Al parecer siempre te dejó los trabajos pesados en casa y en la panadería.

Sé que fue duro para ti cuando fallecieron los viejos. Primero tu abuela y luego tu abuelo. ¿Qué harán ahora con el niño?, se preguntaba la gente.

Y tu vida de servicio se convirtió en servidumbre cuando te desalojaron de tu casa y te llevaron de ayudante con el herrero, luego con el carpintero, y así recorriste todos los oficios.

Por lo menos aprendiste algo de cada uno. Sé que después lo agradeciste.

Pero, ¿sabes por qué pasaste de un lado a otro? Algunos tal vez dirían que por superstición, pero no es lo que pensó el herrero después de su tercer accidente en un par de semanas. No cumpliste cuatro meses con el que más resistió, o quien mejor suerte tuvo. Todo lo que iniciabas llegaba de uno u otro modo a mal fin.

¿De quién fue la grandiosa idea de enviarte lejos? Lo cierto es que fue surgiendo en las mentes de todos. Una manera de mantenerte fuera del pueblo la mayor parte del tiempo fue que trabajaras en el campo.

Sobra decir que unos días antes de la cosecha se desataron tremendas tormentas que echaron a perder más de la mitad de la cosecha.

A los ojos de todos dejaste de ser un niño para tomar el puesto de un monstruo.

¿Qué más podían hacer? Nadie pensó en otra respuesta.

A los pocos días, con apenas 13 años, caminabas fuera del pueblo con la consigna de no regresar jamás.

Fueron días muy felices, aunque no para ti. Pero no duró mucho esa alegría. Cumplías un mes de irte cuando murió el primero. El entonces panadero amaneció muerto en su lecho.

Pareció una coincidencia, hasta que al siguiente mes le tocó al carpintero y al tercero, al reunirse el consejo, se cayó el techo de su sala de reunión y no quedó uno solo vivo.

Después sólo fue cuestión de tiempo. Muchos huyeron esperando librarse de su destino. Mas ninguno escapó.

¿Y todavía te preguntas qué sucedió aquí, ahora que regresas ya hecho un hombre y encuentras el poblado abandonado, aunque casi intacto?

He ahí tu respuesta, el sacrificio requerido por tu funesto sino no fue tu muerte, ni tu vida, sino el pueblo mismo.

Destino – Sacrificio

Hacia la perdición

Estoy comenzando a olvidar. Y eso me da miedo. El día que no sea capaz de recordar estaré perdido. Me sobrevendrá el peor destino que puede llegar a sufrir un hombre.

Pero no puedo quejarme. De hecho, no tengo a nadie a quien hacerlo, pues solamente yo fui el causante de mi desdicha.

De joven fui un despiadado asesino. He de reconocer que era una persona despreciable y sin escrúpulos, mas era bueno en mi profesión. Muy bueno, la verdad. El mejor asesino que ha hollado la faz de la Tierra en toda su larga historia.

El planeta al completo me respetaba y me temía. Tanto, que incluso me hice famoso como asesino de asesinos, del increíble número de sicarios que los poderosos mandaban contra mí para acabar con mi vida antes de que se me ocurriera hacer lo propio con la suya. Lo cual, desgraciadamente para ellos, solía tener lugar nada más enterarme yo de quién había sido el osado.

Maté a tanta gente que no soy capaz de evocar todos mis asesinatos. Y que conste que considero eso algo bastante significativo, puesto que el matar a alguien es una experiencia que se agarra a la memoria con ventosas y deja una huella realmente profunda en la persona que la lleva a cabo. Es un clavo que, una vez más, sólo es factible sacarlo empleando para ello otro clavo. En este caso, más asesinatos. Muchos más.

Mi carrera delictiva como asesino se vio fomentada por motivaciones muy distintas a lo largo de mi vida, las cuales representan los estímulos más primarios y animales del ser humano.

Comencé matando como casi cualquier hombre que pueda jactarse de tener un asesinato en su haber: por temor. En los barrios bajos, donde me tocó por nacimiento pasar mis años mozos, la violencia, los abusos y los robos eran el pan de cada día. Y fue precisamente por miedo a uno de esos abusos que, a la edad de nueve años, llevé a cabo mi primer asesinato.

A partir de entonces, la búsqueda de seguridad, la necesidad económica, la ambición y, finalmente, el placer, se sucedieron como fuente de motivación para mis asesinatos, en una vertiginosa espiral descendente de deshumanización que me llevó a convertirme en un espécimen de tan baja ralea como puede llegar a serlo una persona sin dejar de considerarse tal.

Tuve tanta relación con la muerte que llegó un momento en el cual, atravesando toda barrera de obnubilación psicótica que me cegaba de ese razonamiento hasta entonces, logré comprenderla realmente. Y, por consiguiente, aprendí a temerla.

Por un tiempo, dejé de pensar en la muerte de los demás para centrarme en la mía propia, dándome cuenta quizás por primera vez de que esa nada que acechaba, inclemente, al final del tortuoso camino que es la vida, también había de sobrevenirme a mí, pues a sus ojos yo no era más que otra víctima con la que mitigar su inconmensurable apetito.

¡La muerte! Horrible y temido sino de todo mortal. Entendía la necesidad de su existencia, implícita en el mero concepto de vida. Mas, en la elevada concepción que yo tenía de mi propio ser, no consideraba justo que dicho destino tuviera también que ser el mío. ¡Pero si yo estaba por encima del resto de los mortales! ¿Por qué, entonces, no podía estar también por encima de la propia mortalidad?

Ahora, cumplido mi deseo, comprendo mi error y me lamento por ello, pero en aquel momento únicamente acerté a pensar que yo me merecía la inmortalidad, la vida eterna. Y me fijé entonces como objetivo la búsqueda de la eternidad.

Y la rueda volvió a girar, y me encontré de nuevo matando por el mismo motivo que me había impulsado a hacerlo la primera vez. De nuevo el miedo regía mis actos. El miedo a que se me acabara el tiempo antes de dar con la fórmula que me salvaría.

Consideré que el primer paso para poder evitar la muerte debía ser adquirir un conocimiento exhaustivo de ella. Lo que, desde mi punto de vista, sólo podía hacerse observando concienzudamente el proceso por el que una persona expiraba.

Me mostré realmente despiadado en aquel tiempo. Si quería conocer a fondo la muerte, debía verla actuar en todas las circunstancias en que se manifestaba. Por tanto, mataba de todas las formas que era capaz de imaginar. Cada vez que se me ocurría una nueva manera de poner fin a una vida, sentía una urgencia imperiosa que me instaba a llevarla a la práctica. Llegué incluso a colarme en casa de un anciano que se estaba muriendo de viejo para poder observarlo.

Y un buen día, supe que estaba preparado. Vencería mi destino como humano, como ser vivo. Desafiaría a la propia muerte.

Guardé mi conocimiento en secreto, sin decírselo a nadie. Claro que las tentaciones de decírselo a alguien no eran muchas, pues en esas circunstancias no tenía demasiados amigos. La mayoría de los que se habían podido considerar tales habían muerto recientemente de manera oscura e incomprensible. Y el resto de personas no se atrevían a acercarse a mí, pues aún en mi vida pública no me mostraba demasiado sociable.

Esperé largos años, inquieto, sabiendo que sólo gozaría de una oportunidad para comprobar si había trabajado lo suficiente. Y una tarde de marzo, que me encontró tan dispuesto como siempre lo estaba, la muerte se presentó.

Sostuvimos una dura y larga batalla, pues la muerte es avezada guerrera, acostumbrada a que la gente se rebele y plante cara. Sentí que me decía que el hombre es libre para lo que quiera hacer, pero que es inseparable de su destino. Que debe aceptarlo como condición para la vida que lo precede.

Sin embargo, aunque se esperaba una férrea resistencia, la muerte no contaba con que yo esgrimía un amplio conocimiento de sus puntos débiles, obtenido en una larga vida de esfuerzo y dedicación, que empleé como arma hasta conseguir alejarla de mí. Y así, por primera y última vez, un individuo logró lo imposible y derrotó a la invencible, huyendo de sus garras. Sin saber que, con su victoria, acababa de perder irremisiblemente.

La muerte continuó acechándome durante un tiempo, pero tras demostrarle yo que no podía conmigo, abandonó la persecución. Aunque no sin antes advertirme de que mi victoria no me salvaría, sino que me conduciría a un destino todavía más ominoso.

Debí haber escuchado. Pero no lo hice.

El tiempo transcurrió, impávido. Y yo seguí su senda, sin abandonarla en ningún momento. La senda de la perdición.

Llegó un momento en el que las cosas fueron perdiendo poco a poco su sentido para mí. Porque, si bien no pudo cortar el hilo de mi vida, el tiempo se las ingenió para ir sesgando toda mi relación con el mundo.

Pasé a ser un simple espectador de la historia. No tenía nada en lo que implicarme, ninguna de mis acciones conseguía darle sentido a mi existencia. Todo era mudable, salvo yo. Como lo sigue siendo.

Un corazón bondadoso podría haberme salvado, pues me habría impulsado a hacer cosas por el bien de la gente. Pero mi espíritu ruin ni siquiera tenía la opción de motivarse por eso.

Acabé perdiendo la noción de todo. Nada conservó su significado. Corté mi relación con el mundo, para guarnecerme en mi memoria. Pero hasta eso estoy perdiendo. El tiempo también ha comenzado a hacer estragos en mi último refugio.

Mi derrota más absoluta es inevitable. Ahora sólo cabe esperar que no tenga lugar demasiado pronto. Porque en cuanto pierda mi memoria, olvidaré quién y qué soy. Y tendré que vivir en una vida sin sentido, sin final, sin esperanza. Por toda la eternidad.

Llevo mucho tiempo vivido, pero aún me queda mucho más por delante. Todo el del mundo, de hecho. Infinito. Demasiado.

Maldigo una y otra vez el día en que se me ocurrió desafiar a la muerte. Y aún más el día en el que mi empresa culminó con éxito. Daría cualquier cosa con tal de poder cambiarlo. Pero, lamentablemente, por muy eterno que sea el futuro, el tiempo es lineal, y el pasado nunca regresa.

Ahora sólo me dedico a pensar en todo lo que fue, en todo lo que es. En mis actos, en mi identidad. Para guardarlo el mayor tiempo posible en mi cabeza.

No obstante, estoy comenzando a olvidar. Y eso me da miedo.

Eternidad – Destino

No hay luz blanca

¿Qué ha pasado?. ¿Dónde estoy?. Todo mi cuerpo emite señales de dolor. Sangre. Noto su calor por mi mano, su férreo sabor en mi boca, en mi garganta. Me estoy desangrando. No puedo moverme, no puedo abrir los ojos. No veo, no oigo. Dios mío, ayúdame.

—*Me llamabas.*

Oigo voces, tengo que estar muy mal, me estoy muriendo.

—*Hola Javier*

Mi mente me está jugando una mala pasada, esto no está sucediendo. ¿Qué ha ocurrido?

—*A ver Javier, soy Dios. Has tenido un accidente de tráfico, me has llamado y aquí me tienes.*

No puede ser, ni siquiera creo en Dios.

—*Y es raro que me llames, ya que eres ateo. Pero cuando estáis al borde de la muerte, a todos os pasa lo mismo. Me acuerdo de aquel que dijo “la religión es el opio del pueblo”, ese al final también pensó en mí.*

Yo no te he llamado, no creo en ti. “Dios mío, ayúdame” es una frase hecha, como “Me caguen Dios”. Pero que diablos hago, hablo solo. Me he tenido que golpear la cabeza. Sí, tiene que ser eso.

—*Así que no crees en mí. ¿Y sí te mueres ahora?*

¿Y si es Dios? . Probablemente me estoy muriendo, y aun así rechazo a Dios, debo ser gilipollas. No, Dios no existe, es sólo un concepto creado para convencernos de que más allá de la muerte hay algo, que esta miserable vida no es el principio y el final. La religión fue creada para persuadirnos de que un ente superior rige nuestros destinos, y no el mero azar, para controlar nuestros actos avisándonos de que tienen consecuencias más allá de la muerte. Y si realmente fuera Dios, siendo yo ateo, ¿que Dios sería?, sería el de los cristianos, el de los árabes, el de los judíos ... Estoy desvariando. Mi mollera divaga saltando de un pensamiento a otro.

—*Soy el Dios de los cristianos.*

¿Lee mi mente?. Tiene que ser todo por el golpe. Es mi cerebro el que me contesta con esa voz. Cada vez me duele más, siento que pierdo las fuerzas, la sangre abandona mi cuerpo. Esto tiene mala pinta. No se oye nada, ni ambulancias, ni coches, ni gente.

¿Ha dicho que es el Dios de los cristianos?. No, si ahora resulta que hay más de un Dios. Ja, mi sesera me está vacilando.

—*Que no Javier, que soy Dios.*

Ya, y yo soy Gandalf y estoy así por luchar con un Balrog, no te jode. Las religiones no son más que burdas mentiras creadas para explicar lo desconocido, para consolar a los desconsolados y para conseguir poder sobre otros. Las religiones no son más que una gran mentira.

—*En esa última frase reconozco que llevas toda la razón.*

Menudo golpe me he debido dar, no solo trata de engañarme mi cerebro, además se cachondea de mí. Un Dios que reconoce que la religión es una mentira, manda huevos.

—*Pero no es mentira por lo que tú piensas, Javier. No existe Dios tal y como lo concebís los humanos. Existen entes superiores como yo mismo, capaces de hacer milagros. Capaces de crear una religión, capaces de engañaros a todos. Aunque lo hacemos por puro divertimento. Competimos entre nosotros por crear la religión más poderosa, y el público decide quien sigue en el juego, y si entran nuevos participantes.*

Dios mío como estoy. Al menos todas estas incoherencias han conseguido tranquilizarme, no hay mal que por bien no venga. Siento que camino al borde de la muerte, y estoy siendo positivo, resulta irónico. Esto va a peor, me cuesta respirar y mis sentidos no captan nada, ni frío, ni calor, ni ruidos, ni sabores. Solo siento un negro vacío. ¿La muerte será así para todo el mundo?, nada salvo una voz diciendo chorradas. Joder, no dice esa maldita voz que el público nombra a los Dioses. No, si el Olimpo griego, los dioses nórdicos y la mitología celta cayó porque el público no lo quería.

—*Realmente lo que ocurrió es que dejó de jugarse por equipos, y se pasó a jugar de forma individual.*

Ya no siento dolor, no siento nada. Esto parece que se acaba. Vaya forma de morir, un ateo escuchando una voz que dice ser Dios. ¿Es el final?. Si me estoy muriendo, ¿no debería ver la luz blanca?

—*Vaya el ateo, no cree en Dios y sí en lucecitas. Pues no, no hay luz blanca. Cuando un humano muere, se convierte en polvo. No hay nada más, pero suponía que tú ya lo sabías.*

Mi cabeza no me va a dejar morir en paz. Esa puñetera voz. Esto se acaba y sigo oyéndola. ¿Y si fuera verdad?. Para mí tendría más sentido esta absurda historia. Pero si fuera verdad, ¿por qué me cuenta todo esto?

—*¿Por qué no?. Soy Dios, ¿recuerdas?.*

Dioses – Mentiras

Yo Somos

Pantalones vaqueros.

Hay vaqueros por todos lados. Me rodean. ¿Por qué los llevará toda esa gente? Quiero decir, ¿por qué la masa lleva vaqueros? El tipo que va sentado a mi lado también los lleva, y todas las personas que están de pie en medio del vagón también llevan vaqueros. Me pregunto si tratarán de ser parecidos. Tal vez tratan de ser como una tribu o un grupo. Igual quieren ser una colmena. No —me digo a mi mismo—. No son de los míos.

Estoy a unos tres metros de mi asiento, de pie y apoyado en una de esas frías y resbaladizas barras que hay cerca de las puertas amarillas. Estoy mirando abstraído cómo los túneles oscuros y mugrientos del metro desfilan a toda velocidad ante mis ojos. Me distraigo siguiendo con la mirada algún tubo de neón fugaz en la oscuridad, pero aún puedo sentir mi presencia, a unos tres metros de mí, sentado y rodeado de un mar de piernas enfundadas en vaqueros.

También puedo sentir cómo salgo del metro al llegar a la parada. Paso por mi lado, y me voy. Antes de irme hacia las escaleras mecánicas, y antes de que el metro cierre sus puertas y abandone la estación, me giro y me dirijo una breve mirada cómplice. Me miro y me miro, es decir, nos miramos.

Hoy el metro está lleno de Yo-Cachorros, pero siempre en una proporción menor a la de humanos. Todos vestidos con vaqueros, todos distraídos en sus quehaceres. Puedo oler los antisépticos que lleva un chico joven en una herida y puedo ver las marcas de las operaciones y retoques de una mujer a mi derecha. ¿Por qué se empeñarán en vivir tanto? ¿No ven que necesitan morir?

Una vez, en medio de clase, una compañera mía dijo la palabra “personalidad”. Cuando volví a la Madriguera la busqué en el diccionario y, sin embargo, no la entendí. Luego no paraba de oírla. Todo el mundo decía cosas como “mi personalidad tal y cual” o “porque yo tengo una personalidad que bla bla bla”. Cuando ya pude entender la palabra, entonces tenía que reprimir la risa cada vez que me hablaban de su “personalidad”.

¡Qué antinatural!

Si está claro. Los humanos —“la gente”, se llaman a sí mismos— se compran vaqueros en masa y se los ponen. Se visten iguales, y es evidente por qué. Me extraña que no lo sepan. Tal vez su memoria genética no sea tan buena como la mía. Pobrecitos.

Aunque ya me lo advertí el Gran Yo-Sabio: Los humanos son criaturas que reniegan de su manada y siempre tratan de separarse de ella, por eso se sienten superiores. Mentiras, todo mentiras. ¿Cómo pueden ser tan individualistas? Su manada los necesita y, aún así, se empeñan en evitar ser como sus hermanos humanos. Pero la genética puede con todo, sí señor. Por eso se ponen vaqueros.

El Gran Yo-Sabio me dijo una vez que los humanos tienen mentes separadas, y que por eso hablan de personalidad y de todas esas tonterías. No son como Nosotros. Parecemos humanos, es cierto, eso no lo discuto; pero no somos eso. Nuestra Colmena es fuerte, todos pensamos siempre en conjunto y nunca tenemos problemas, a diferencia de esos seres de los que descendemos. Ese es el motivo por el que no mueren cuando su manada lo necesita, por el que tratan de vivir eternamente y por el que tienen tantos hijos. Creen que, por el hecho de ser más numerosos, son los amos del mundo. ¡Qué ilusos! Viven en la mentira. La Gran Mentira Individualista, como la llamo el Gran Yo-Sabio: Creer en el individuo por encima de la manada. Por eso se van a extinguir.

Sí, dentro de unos días se acabará todo, cuando el Nuevo Sol Blanco los alcance. Entonces todos ellos morirán por no saber comportarse como una manada. La voluntad de los Yo-Sabios se cumple, y un nuevo mundo ha de nacer. Un mundo unido y fuerte.

En la Colmena cada yo trato de protegernos a todos, y por eso sobreviviremos cuando el Nuevo Sol Blanco, la enfermedad que estoy fabricando en mis laboratorios, se expanda por el mundo. Sólo falta un ingrediente para que sea letal. Ese ingrediente es la personalidad.

Entonces, cuando mueran uno a uno y solos, presos de su propia involución, se darán cuenta de que nadie vive eternamente. Medicinas y operaciones no son más que postergaciones mentirosas de lo inevitable, de las reglas que se han saltado. Entonces aprenderán que eternidad no es retrasar artificialmente la muerte de un individuo, sino preservar hasta el infinito la vida de la Colmena.

Quizá entonces comprendan que yo, los Hombres¹, somos el futuro, la eternidad y la verdad.

Eternidad– Mentiras

¹NOTA: Con “los Hombres” no trato de hacer un comentario machista ni mucho menos. Es que da la casualidad de que, en todas las culturas, el nombre que se dan sus integrantes a sí mismos es el de “Hombres”. Por ejemplo, los esquimales, en su propio idioma, se llaman a sí mismos *Inuits*. *Inuit* significa “Hombre”.

El minero

Descendió del milípedo de línea, dio gracias a Arnoldo y trazó con el meñique un triángulo en el aire. En el túnel hacía un calor asfixiante y despegó el velcro del mono amarillo de la Corporación. Una termita pasó a toda velocidad por el túnel, provocando una turbulencia que arrojó al minero contra la pared.

—¡Malditos termiteros!— chilló.

En ese instante, de una pequeña puerta redonda emergió una ancha figura, envuelta en una bata de plástico rojo brillante.

—Hola Benito— dijo con sequedad su esposa.

—Se creen que por ir en termita pueden hacer lo que les de la gana...— gruñó antes de entrar en su agujero.

Atravesó la alargada vivienda mientras se despegaba el incómodo mono e iba apagando una a una las luces que su esposa dejaba encendidas a lo largo del túnel. Abrió la puerta del pozo y se desnudó, para dejarse caer en él sin prestar atención a los salpicones. Entonces cerró los ojos y relajó los músculos, y se dejó llevar por la deliciosa sensación de tibieza del abrazo del aceite refinado.

—¿Vas a estar ahí todo el turno?— chilló su mujer desde el horno.

—Y toda la eternidad, si me da la gana.

Salió del pozo y esperó a que su cuerpo absorbiera el refinado. Notó las vibraciones en la pared del túnel de los vecinos. «Ellos si que son felices», se dijo a sí mismo. Los López no sólo tenían balsa en lugar de pozo, sino que además lo llenaban de aceite de oliva virgen. Incluso podrían permitirse alquilar un coleóptero para subir de vez en cuando a la Superficie. Pero claro, el señor López era programador y no un triste minero de datos.

Cabizbajo, Benito se embutió en el mono y arrastró los pies hacia el horno. El olor a pan quemado llegó hasta sus narices y cuando entró al habitáculo, supo que el café estaría también chamuscado. Su mujer miraba con indiferencia un programa de cotilleos en la televisión, y notó cierta hostilidad en su intensa respiración, casi como el rebufo de una termita.

Hizo crujir el pan y deglutió el café sin pronunciar palabra, para después dejar atrás el horno, con los chillidos del televisor. Abandonó el agujero para ir al fatigoso segundo turno de trabajo. Se preguntó qué luminosidad habría en la Superficie, si sería día o noche y recordó con nostalgia las sesiones de amanecer en el holocine.

Subió al transporte y descubrió que había un gran atasco en el T-30. Los milípedos se apretujaban entre los escarabajos de carga, mientras las termitas avanzaban entre los vehículos más grandes dejando atrás un rebufo apestoso. El segundo turno era el más terrible pues, tras las ocho horas del anterior, los trabajadores empezaban a acusar el cansancio, sobre todo aquellos que no podían pagarse un pozo.

Una vez en el complejo de la Corporación, los mineros se distribuyeron cada uno en su terminal de acceso y comenzaron la tediosa y monótona actividad de buscar filones de información útil en la vasta red de datos que recorría el subsuelo. Día tras día repetían aquel ritual y hurgaban en las entrañas de la Red, la mayoría de las veces sin éxito. Era invariable, rutinario y completamente insatisfactorio, pero el mejor trabajo al que podía acceder alguien de la clase de Benito.

Durante el descanso, el minero fue a la máquina de café y allí encontró a un viejo compañero que no paraba de zapatear y resoplar. Era uno de los belicosos muchachos que se había refugiado en su túnel cuando la Huelga General.

—¿Va todo bien, Diego?

—No estoy seguro —miró a los lados como un animalillo asustado y gruñó—. ¡Maldita sea!

Benito desvió la mirada y entre la masa de mineros vio a varios pinchaorejas policiales, con sus peculiares pinzas de detención a la espalda.

—No tengo escapatoria, estoy perdido —sudaba copiosamente y Benito se quedó muy quieto y con la boca abierta—. Toma esto, y no permitas que jamás caiga en manos de la Corporación. El Subsuelo debe saber.

Le extendió una tarjeta de datos y Benito la sumergió en un bolsillo.

—¿Qué es...?

En ese instante Diego echó a correr y poco después los pinchaorejas. Para cuando Benito recuperó la realidad, su compañero yacía frito en el suelo por una lluvia de disparos de desfibrilador. De pronto se sintió terriblemente solo y fue hacia su puesto con las articulaciones quitinosas. Notaba en la nuca la mirada de varios mineros, así como la intrigante presencia de los pinchaorejas, lo que le hizo traspasar a borbotones.

El resto del turno transcurrió lenta y pesadamente, y a cada movimiento en la mina, Benito sufría una descarga eléctrica y levantaba la vista del terminal. La tarjeta de datos le ardía en el bolsillo y una ligera comezón le tapizó la nuca. Al final del turno, abandonó el complejo sin despedirse y tomó una decisión al respecto.

Se bajó del milípodo unas paradas antes de su túnel y recorrió la asfixiante atmósfera de las bóvedas del centro hacia el Nido. Allí estaría a salvo de casi cualquier cosa y consultaría la tarjeta. El Nido era un alargado y amplio túnel columnado en el que el Maestro oficiaba las ceremonias en honor a Arnoldo, además de lugar de refugio y protección para sus devotos. Presidía el lugar un enorme holograma del Arnoldo antes del Ascenso a la Superficie, con su peculiar frente estrecha y nariz aguileña. Al pasar frente a él, Benito trazó con el meñique un triángulo en el aire, y después se sumergió en el túnel de consultas al Maestro.

—Hace mucho tiempo que no vienes por aquí, Benito —dijo éste con voz ajada.

—El trabajo me tiene absorbido —bajó la cabeza y dejó que el anciano le diese un palmazo en la nuca—. Gracias Maestro.

—Dime que te inquieta, muchacho —el Maestro se atusó la lara barba trenzada y suspiró.

Benito le relató lo ocurrido en la mina, mientras el viejo predicador cabeceaba como un balancín detrás de la enorme mesa de piedra.

—No debería dejarte, pero siendo tú... no tendrá mal. Puedes usar el terminal del Nido, es seguro —carraspeó y esputó contra el suelo—. Espero que no te metas en problemas, Benito, o jamás conseguirás la Ascensión a la Superficie.

—Gracias Maestro —sacó la tarjeta y sonrió—. Prometo hacer el ingreso todos los meses.

Mientras Benito se sentaba frente al terminal, el anciano se fundió con las sombras al final del pasillo. Había allí un olor a humedad y vejez que disgustaba al minero, y para cuando hubo insertado la tarjeta y husmeado los primeros datos, un temblor sacudió el Nido. Las oscilaciones aumentaron y las primeras grietas se abrieron en la pared, cayendo un hilillo de polvo sobre el terminal. Benito seguía hurgando en la tarjeta, descubriendo a cada línea algo horroroso que no quería creer. Le temblaban las manos y sintió como el túnel se desvanecía en una bruma.

—¡El Nido se hunde! —gritó el anciano en alguna parte—. ¡Es un castigo de Arnoldo!

De pronto el terminal se apagó y humeó, desplegando un mefítico olor a plástico quemado. Benito se levantó y corrió entre la asfixiante neblina, buscando la salida. El techo se desmoronaba y cuando por fin alcanzó el túnel principal, el terremoto cesó.

Se apoyó contra la húmeda pared y quiso llorar, pero tenía un nudo en la garganta que se lo impedía. Era terrible. El tiempo se dilató mansamente y vio pasar por la calle una hilera de refugiados, entre los que iba su esposa, vestida con la bata de plástico y del brazo de su insoportable madre.

No le importó lo más mínimo. Apoyó el pecho contra las rodillas y se quedó muy quieto, ignorando las llamadas del Maestro y esperando la llegada de los pinchaorejas. Un torbellino le revolvía el cerebro, agitándolo de un lado a otro de su cráneo de bombilla y haciéndole sentir unas náuseas profundas y centrífugas.

Pronto aparecieron los pinchaorejas y le cizallaron con brutalidad, para dictar una condena inmediata por violar la Regla del Bienestar: Castigo de Eternidad. Benito sonrió con desgana y se dejó llevar. Poco le afectó que fuera condenado a vivir eternamente en un pozo cegado, ni siquiera se preocupó por no poder hallar el descanso de la muerte. Todo eso eran penas menores comparadas con su profunda desdicha. No culpó a Diego, pues el pobre infeliz estaba ahora en un terreno completamente desconocido, el del otro lado. Menos aún se inquietó por lo que había pasado con la tarjeta de datos, incluso era mejor que desapareciese para siempre, pues nadie debería leer su contenido. Sonrió por última vez y asumió que la Eternidad en el Subsuelo no sería tan mala. La posibilidad de que no existiera la Superficie era mucho más terrible que cualquier tortura.

Dioses – Eternidad

La mano que mece la cuna

Todavía podía escucharlo llorar, de vez en cuando, perdida en una nebulosa gris que torturaba su psique y la devolvía fugazmente a la realidad. Entreabría los ojos y se quedaba muy quieta, reclusa en la habitación oscura a la que el destino la había encadenado. Era en esos momentos, sumergida en el silencio más estrepitoso, cuando dejaba atrás las pesadillas y escuchaba su llanto, lejano, muy lejano.

«Déjame a mí.»

«No, cállate, que ya casi lo tenemos.»

Se revolvió molesta entre las brumas. Sus párpados se entreabrieron lentamente; las voces se le clavaban en la cabeza, provocándole una molesta cefalea. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo? No lo sabía con certeza. Lo único que recordaba eran aquellos repentinos relámpagos de irrealidad —¿o quizás debía llamarlos de realidad?— que anclaban de manera efímera su conciencia a la habitación oscura. Cada vez que abría los ojos, la migraña regresaba, el dolor implantado en su nuca ascendía por sus sienes y acababa domeñando su conciencia, dejándola rendida al sufrimiento. Mantenerse despierta en tales circunstancias resultaba demasiado doloroso, así que inmediatamente volvía a cerrar los párpados y acababa durmiéndose, escuchando de fondo aquel gemido espantoso que parecía llegar de ningún lugar y de todos a la vez.

«Se mueve, se mueve...»

«Te he dicho que te calles, joder, y dejes de entrometerte.»

En aquella ocasión, no fue el llanto estridente del bebé lo que la despertó, sino un aleteo de voces extrañas que parecían mucho más cercanas que los gemidos de... ¿Hugo? ¿Se llamaba así?

Abrió los ojos y el infierno del dolor comenzó a azotarla.

—Dejadme... en paz...

«¡¡Lo ves, Ismael, se está moviendo!!»

Cuanto más gritaban, más aguda se volvía la migraña. Se hizo un ovillo y trató de abstraerse, pero aún tapándose los oídos, las voces se escurrían entre sus dedos y penetraban en sus tímpanos como una andanada de agujas.

—Dejadme en paz —gimió con lágrimas en los ojos.

«Dinos tu nombre.»

«Lo estás moviendo tú.»

«Que no, mujer, que no.»

Trató de incorporarse y todos sus huesos se quejaron. Parecían entumecidos por el tiempo que llevaba tumbada en el suelo de la habitación oscura. Las eternidades transcurrían muuuuy lentamente cuando los únicos compañeros eran el dolor y la soledad.

«Tu nombre. Dínoslo.»

La ira, poco a poco, fue creciendo en su interior conforme las voces se volvían más estridentes.

—No lo sé... No lo recuerdo...

«Dinos tu nombre.»

Apretó los puños hasta que las uñas abrieron surcos en su carne y la sangre goteó por sus palmas. No tenían ningún derecho a hablarle de aquella manera. Ninguno.

«Queremos saber tu nombre.»

¿Su nombre? Ni tan siquiera lo recordaba con certeza, hacía siglos que nadie lo pronunciaba. El destino al que se veía sujeta también se lo había arrebatado. Una triste canción de cuna lo trajo de vuelta:

*A la nana, nana, que hoy quiero ver
a un niño niñito llamado Hugo.
Con agua de romero, yo lo bañaré,
para que la luna lo acune después.
Con soles y flores, lo recibiré
cuando el día llegue, para mi Hugo.
A la nana, nana, que tu infancia va,
de la mano niño, junto a tu mamá.*

—Nana... —dijo en un murmullo.

Aquella nostálgica canción indujo cálidos sentimientos a su pecho seguidos de añejas imágenes que anegaron su mente. Una cunita de madera, un sonajero entre los deditos regordetes de... ¿Hugo?... una carcajada perdida, inocente, despreocupada. Su propia mano sobre la cuna, meciéndolo lentamente, muy lentamente...

«¿Qué haces ahí?»

¡Dichosos entrometidos! ¿Por qué seguían perturbando su descanso?

Nana terminó de incorporarse y desató toda la rabia contenida a lo largo de aquel letargo sin fin. A su alrededor la oscuridad se hizo más ominosa, la bruma se espesó hasta formar cúmulos traviesos que ascendían en columnas informes. Los muros de la habitación oscura, su eterno cadalso, retumbaron mientras la agria sensación aposentada en su estómago ascendía por su laringe y llegaba hasta su garganta en forma de fétida bilis. La cólera que crepitaba en cada retazo de su alma, trajo consigo una náusea pegajosa que dejó su boca pastosa, anegada de malos sentimientos que retozaban y se enroscaban como orugas de invierno.

«¡Dios mío! ¡Lo veis! ¡Lo estáis viendo!»

«Se ha vuelto loco.»

«Coño, no lo soltéis. No lo soltéis.»

—¡Dejadme en paz! ¡Dejadme en paz! ¡No quiero saber nada de vosotros! ¡Dejadme sola!

«¿Por qué quieres que te dejemos, Nana?»

El dolor acribillaba su frente, como un astil de plata maciza que se incrusta en el hueso frontal y atraviesa la masa encefálica. Cayó de rodillas y, sin apartar en ningún momento las manos de los oídos, comenzó a vomitar plumas; decenas y decenas de plumas que subían por sus tripas y emergían por su boca en forma de vómito.

«¡En el vaso! ¡Hay plumas!»

«¿De dónde salen? Seguro que las llevabas tú en el bolsillo, Sergio.»

«Os digo que no. Yo no sé nada de esto.»

—¡Callaos! —aulló Nana en cuanto encontró un hilo de oxígeno—. ¡Dejad de gritar en mis oídos!

Sólo entonces volvió a escuchar el llanto, aquel llanto que la había acompañado día y noche desde que encontró el encierro en la habitación oscura. Un sollozo descarnado que la martirizaba incluso en sus sueños más profundos, provocando que gimiera como una niña desvalida mientras se retorció de horror. De pronto, presa de un arrebató emocional, veía con claridad los últimos retazos de su anterior vida, antes de que la eternidad la devorara, antes de que el destino la enclaustrara entre las tinieblas. A su mente acudían, una vez más, la amargura de las noches de insomnio, el recuerdo de su pequeño Hugo arropado por el edredón, con los ojitos abiertos, siempre abiertos, y los puñitos cerrados por la tensión. Podía sentir en sus dedos el tacto de la madera barnizada, el crujir de la cunita, balanceándose sin tregua, hora tras hora, día tras día, noche tras noche, así semanas enteras. . . Y Hugo nunca dejaba de llorar, nunca dejaba de llorar, nunca dejaba de llorar. . .

—Lo siento, lo siento, lo siento. . .

«¿Qué sientes, Nana?»

Ahora lo escuchaba perfectamente, por encima de las voces de aquellos que habían perturbado su reposo, por encima del dolor y la ira, por encima de la condena que aplastaba su alma: el llanto de Hugo, escurriéndose entre la oscuridad como un espectro que no dejaba lugar a la tregua, a veces penetrante como el rugido de un cachorro, otras veces macabro y ahogado, como la última vez, cuando su voccecita desapareció bajo la almohada de plumas.

—Lo maté, lo maté, lo maté. . . —Y su voz se convirtió en un chillido agudo que creó miles de ecos entre los muros de la celda.

«¿A quién mataste, Nana? Dínoslo, por favor.»

«Déjala en paz, Ismael. No la molestes más.»

Nana pudo escuchar el sonido desgarrador del vidrio al romperse. Una lluvia de esquirlas azotó entonces sus brazos, sus piernas, su rostro, abriendo cortes tan profundos que la

hicieron aullar de dolor. Tras aquella tormenta de hojas aserradas, el mundo quedó en calma y el silencio la arropó como un dulce bálsamo, ayudando a su mente tumefacta, enquistada por los recuerdos, a encontrar de nuevo el abrazo del silencio.

Se desplomó en el suelo rendida, abatida por la tensión y el dolor. No tardó demasiado en cerrar los ojos, en rendirse a la apoplejía que traía consigo la habitación oscura. Entre sus paredes agrietadas, por las que rezumaban la bruma y la negrura, llegaba el canto de un niño, lejano, muy lejano, que reclamaba insistentemente el cuidado de la mujer.

Ismael y Sergio dieron un brinco hacia atrás cuando el vaso se quebró bajo sus dedos. María tuvo que llevarse ambas manos a la boca para no gritar, para no dar rienda suelta a todo el terror acumulado a lo largo de la velada. Alicia se abrazaba con fuerza a Ramiro, en cuyo su rostro se reflejaba una mezcla de miedo y emoción a duras penas contenida.

—Ya os dije que era una mala idea, muy mala idea —balbuceó María—. No debimos hacerlo nunca.

—Esto no había pasado otras veces. —Ismael mantenía la mirada puesta en el tablero lleno de plumas. Los restos del vaso, dispersos por los casilleros, estaban manchados de sangre. Cuatro trozos de cristal, más grandes de lo normal, habían caído sobre las letras.

—¡Ha sido horrible! —gritó Alicia de golpe, soltándose de los brazos protectores de Ramiro—. No pienso volver a hacerlo.

—¡Callad! —Ismael, que no había apartado los ojos del tablero, señaló los trozos de vidrio estratégicamente situados sobre la madera—. Mirad. Los restos del vaso muestran cuatro letras.

Los cinco muchachos se apiñaron sobre el tablero y contuvieron el aliento. Todos pudieron verlo claramente, cuatro trozos de cristal señalando cuatro letras ensangrentadas, un nombre resaltado en el abecedario de la ouija: HUGO.

Eternidad – Destino

Proyecto Eternidad

¿Dónde diablos estoy? ¿Por qué no puedo moverme? ¿No veo nada! ¿Estoy ciego? Soy demasiado joven para quedarme ciego ¿Realmente soy joven? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Dónde diablos es aquí? ¡QUIERO SALIR! *Estúpido, ¿salir de dónde? Ni siquiera sabes si estás en algún lugar. Podrías estar muerto y no te darías cuenta. ¡Cállate! Pero si eres tú el que está hablando. No. Eres tú, no yo. Imbecil, ¿aún no te has dado cuenta de que estás atrapado en tu propia mente? Tú y yo somos uno. La diferencia es que yo tengo más sentido del humor. Cálmate, cálmate, joder. Empiezas a desvariar. No es el momento ni el lugar de desarrollar una personalidad múltiple. Como si a esto se le pudiera llamar lugar. Vale, cálmate, cálmate. No le hagas caso. O no te hagas caso. Recapitulemos, yo estaba... Joder... No me acuerdo. Pringado. ¡Silencio! No haces más que estorbar, aunque seas una parte de mí. Reconócelo, me necesitas. Si no, tu mente, nuestra mente, no me hubiera creado. Es un reflejo inconsciente de tu cerebro para hacer más llevadera tu patética soledad. ¡Pues no lo haces nada bien! Lo único que consiguen tus comentarios es desquiciarme aún más. Simplemente me dedico a mostrarte lo patético que eres. Actúa como un hombre si de verdad quieres que desaparezca. De cualquier forma me quedaré quieras*

o no. Creo que necesitas que alguien te vigile. No tienes ni idea de lo que dices. ¿Tú sí? Ni siquiera recuerdas quién eres. Ni siquiera sabes dónde estás. Hazte un favor a ti mismo y descúbrelo. Está bien, está bien. ¡Eso trataba de hacer antes de que me interrumpieras! Capullo. ¿Y eso a qué viene ahora? A que sigues evadiéndote. Me pones como excusa para postergar el inevitable enfrentamiento con la realidad. Eres un cobarde. Vale, control. Usaría la respiración para relajarme, pero no siento nada, incluidos los pulmones. Estoy inmerso en la más absoluta privación sensorial. Y encima mi mente está vacía... ¡Me gustaría tanto golpear algo! Pero no siento mis brazos. ¡Quiero sentir algo! ¡Lo que sea! Esto es una puta mier... Cuidado, está pasando algo. ¿Pero qué...

—Es hora de despertar.

¿Has visto eso? De repente se ha iluminado todo. Duele. ¿No querías sentir algo? Ahí tienes algo. Alégrate, eso significa que después de todo, tienes cuerpo.

—¡Reacciona!

Y ese sonido... ¿Qué era? Una voz humana, imbecil. ¿No utilizas demasiados tacos? Que te follen. Pero serás... Dile algo a ese tío, lo que sea. Está bien.

—Esto... ¿Hola?

—Ya era hora.

¿Y ahora qué le digo? Yo le daba una hostia. No, hombre, debe ser nuestro amigo y parece buena persona. ¿En qué te basas para hacer esa increíblemente astuta suposición? Bueno, parece que nos conoce. Además lleva una bata de médico. Los médicos salvan vidas. Menuda estupidez, tú intenta moverte. ¿Qué? Tú intenta moverte. ¡Joder! Estamos atados. A eso me refería. No es algo que me inspire mucha confianza.

—Te veo muy callado. Por cierto, es inútil, estás bien atado —*encima el hijoputa sonrío*—. Tengo que hacerte un par de pruebas médicas rutinarias antes del experimento —¿experimento?—. Tranquilo, no nos llevará mucho tiempo. Mientras tanto podemos hablar si eso te tranquiliza.

¿Quién coño eres? ¿Qué? Que le preguntes que quién coño es. Ah, vale.

—¿Quién coño eres?

—Veo que vas al grano, querido amigo —*¿Pero qué dice? Si es nuestro amigo que nos desate*—. Noto en tu mirada cierto desasosiego. ¿Serías tan amable de compartirlo conmigo?

—Bueno... Es que, no veo muy lógico que nos llames amigo...

—¿Nos?

—Me, perdón. Me —*Joder, si tenemos que confiar en ti para comunicarnos con el exterior creo que nuestra esperanza de vida no va a ser muy larga*—. No veo lógico que me llames amigo y me tengas aquí atado, experimentando con mi cuerpo.

—Tu desconfianza es lógica. No recuerdas nada o prácticamente nada y te sientes desorientado, pero debes confiar en mí. De hecho, no tienes elección. Al fin y al cabo soy tu única conexión con la realidad —*Este tío tiene cara de sádico*—. Eres más desconfiado que los otros. Simplemente necesitas saber que tienes una enfermedad muy grave que te destroza la corteza cerebral, anulando tu memoria. Sin embargo, yo, el doctor Marcus J. Steichen, gran amigo tuyo, estoy desarrollando una cura experimental...

No le escuches, no merece la pena. ¿Qué? Está mintiendo. ¿Por qué? Es absurdo. Conocemos al único que sabe curar nuestra enfermedad y la contraemos. Además, mira su expresión, se está burlando de nosotros. Hasta un tonto como tú podría verlo. A partir de ahora déjame hablar a mí. Repite todo lo que te diga. Está bien. Pero pon una voz autoritaria. La tuya es de un pusilánime que da asco. Lo intentaré.

—Termina ya con esta insulsa verborrea —¿Qué tal lo he hecho? *Bien, pero no te emociones. Y habla un poco más alto.*

—¿Qué dices?

—Que me digas la verdad. Tú y yo no somos amigos.

—Ju, ju. Sin duda eres el que estaba buscando.

—Que te jodan. Exijo saber qué me estás haciendo. Tampoco puedo hacer nada por evitar lo que sea que quieras hacerme.

—Eso es cierto. Por cierto, parece que piensas mucho las cosas antes de decirlas. Pero no importa. Eso es un signo más de tu debilidad frente a mí. ¿Quieres saber por qué estás aquí? Te lo diré —*ya sabía yo que el orgullo era su punto débil*—. Yo soy un ser humano. Pero no un ser humano normal, mi magnificencia puede contemplarse a simple vista —*pero si eres feo*—. El caso, y seré breve porque ya estás listo para el experimento, es que la existencia mortal no es suficiente para mí. Yo soy un científico y para hallar los secretos del mundo necesito más tiempo del que puede brindarme esta mísera y efímera existencia humana. Inmortalidad, perpetuidad, eternidad... Llámalo como quieras. El caso es que llevo los últimos treinta años dedicados a tal menester.

—¿Y qué coño tengo que ver yo con esto?

—Lo mismo que una cobaya en el desarrollo de la cura del SIDA. No eres más que un insignificante subser cuya única función en la vida es servir a mi propósito. Como los soldados que sacrifican sus vidas para que los oficiales escapen.

—No es justo.

—Por supuesto que es justo. Lo que no sería justo es que un tipejo como tú alcanzara la eternidad. Pero basta de cháchara, ha llegado el momento. No te molestes en intentar escapar, te he sedado.

¿Te ha desatado? Ahora es el momento de contraatacar. Pero si lleva un bisturí en la mano. Pues quítaselo e introdúceselo en la garganta. ¡Dios mío! No puedo hacer eso. Es nuestra vida o la suya. Pero estamos sedados. Al menos tienes que intentarlo. Y contamos con el factor sorpresa. Joder, joder, joder. Allá voy. Ése es el espíritu.

—¿Pero qué...

¿No crees que la sangre de tu enemigo salpicando tu rostro es una sensación maravillosa? No puedo creer que haya hecho eso. Supervivencia, chaval.

—Jejeje...

¿De qué cojones se ríe ahora este imbécil?

—¿Estás loco? Vas a morir.

—No, va a morir mi cuerpo. Y yo estaré en el tuyo cuando eso suceda.

¿De qué cojones está hablando este tío?

—Jajaja... Me encanta contemplar tu confuso rostro. ¿Creías que mis experimentos estaban orientados a prolongar la vida a la vida de mi cuerpo? Mi objetivo es cambiar mi mente de contenedor. Y ahora estás camino a ocupar mi moribunda y obsoleta carcasa orgánica.

Creo que tenemos un problema. *Por una vez estoy de acuerdo contigo. Aarrghhh... Me pierdo... Joder. ¿Hola? ¿HOLA? Parece que estoy solo. Pero yo soy el inteligente. Tiene que hacer algo. Relájate. Analiza el entorno. Claro, se me había pasado por alto. Estamos unidos por unos cables. No sé cómo funciona el proceso de intercambio mental pero seguro que tiene algo que ver. Todavía tengo el bisturí en la mano. Y... ¡me he hecho con el control del cuerpo! Estás jodido, capullo.*

—¡No! ¿Qué haces? Es increíblemente peligroso que cortes esos cables. ¡Para ambos!

—Mi alternativa es la muerte. ¿Qué más me da?

—No...

...tienes ni idea de... ¿Qué diablos? Jajaja... *Bienvenido a mi reino. ¿Pero qué... Parece que te ha salido el tiro por la culata. ¡No puede ser! ¡Yo debería controlar este cuerpo! Deberías. Pero la personalidad que manejaba este cuerpo ha sido transferida a tu cuerpo y yo he cortado el proceso a tiempo. ¿A tiempo de qué? A tiempo de quedarme en él. Y ahora poseo todos tus conocimientos. No puede ser. Sí puede ser, en un momento dado nuestra personalidad se dividió en dos y cuando la principal abandonó este cuerpo yo tomé el control. Por eso ahora estás bajo mi yugo. No, yo soy más importante que tú. Tonterías. Ahora este es mi cuerpo. Pero tranquilo, con el siguiente experimento te expulsaré de mi mente. ¿Qué te parecería acabar en el cuerpo de un perro?*

Sacrificio – Eternidad

Cada vez que me muero

Está bien. Os contaré la historia del primer día que perdí la vida, pero debéis sacarme de aquí, librarme de mi agonía. Prestad atención, quizá algún día compartáis mi suerte.

Aquella mañana caminaba animado por una de las calles del puerto; había estafado bastante dinero a unos marineros borrachos con un viejo timo familiar —herencia de mi bisabuelo— y me disponía a gastármelo en alcohol y mujeres. Ignoraba lo mucho que lamentaría después aquel robo. Andaba tan abstraído que no me di cuenta de que la anciana se abalanzaba sobre mí hasta que la tuve encima. Mientras intentaba apartarla de mí me di cuenta de que era ciega, lo que apaciguó un poco mi ímpetu.

—¡Muchacho, he tenido una visión! —gimoteó la anciana— ¡Una visión de tu muerte!

—¡Quítate, anciana! No te daré limosna, ni creo en tus absurdas visiones.

—¡Ignorante! Hallarás la muerte esta noche, a manos de los marineros a los que timaste. A menos que vengas conmigo al templo del Dios Ishkay.

Me quedé petrificado ante la posibilidad de que aquella mujer decrepita pudiera tener razón. Después de todo sabía lo de los marineros, y ellos aún no se habrían dado cuenta siquiera. Debí verme la cara de compungido que tenía —a pesar de su ceguera— porque utilizó un tono de voz más suave y me explicó que Ishkay era un Dios antiguo, el más antiguo de los Dioses, y que velaba por sus elegidos: aquellos que le hacían un sacrificio insignificante. Me prometió que Ishkay aseguraría mi supervivencia, y la creí.

El templo se encontraba en uno de los peores barrios de la ciudad, en las afueras. Se trataba de un edificio viejo, pequeño y derruido, que de ninguna manera habría parecido la morada de un Dios. Llegué a sospechar que la anciana me estaba engañando —timando al timador—, pues su presunta ceguera no la impedía caminar con soltura y sin ayuda por las calles en mal estado, ni evitar los obstáculos y a las personas. Mi apreciación cambió una vez en el interior del templo. Distintas leyes físicas operaban dentro del edificio, siendo el espacio cientos de veces mayor que el que se podía apreciar desde la calle.

Gigantescas columnas delimitaban un amplio pasillo que terminaba en una extensa sala oval con tres puertas. Los dinteles tenían extrañas inscripciones en un idioma que no fui capaz de reconocer.

—Debes elegir un sacrificio. Cada puerta implica un sacrificio y un don asociado. Pero no debes preocuparte, todas las puertas asegurarán tu supervivencia.

Tragué ruidosamente y comencé a mirar las inscripciones. Transpiraba exageradamente, y el miedo hacía que me temblaran las piernas. De pronto tuve una idea.

—¿Cuál elegiste tú? —pregunté con decisión.

La anciana me miró. No literalmente, ni siquiera giró su cabeza hacia mí, pero sé que me miraba, podía sentirlo. Aquella mujer... del modo que fuera, podía ver. Sin hablar, apenas sin moverse, señaló la puerta del centro. Me dirigí allí sin dudarle un instante; si ella había pasado por esa puerta no había salido muy mal parada. Me equivoqué.

Lo cierto —como averigüé al salir de allí— es que todas las puertas llevaban al mismo lugar: aquella sala geoméricamente imposible, llena de esquinas y giros inconcebibles, que parecía cambiar de tamaño a cada latido. No negaré que me mareé profundamente, e incluso vomité sobre la arista absurda de una estructura improbable bajo mis pies. Cuando las fuerzas me faltaron, sentí el huesudo brazo de la anciana ayudarme a caminar hacia el fondo de la sala. Con sorpresa advertí la fuerza de aquella mujer de avanzada edad y la determinación con la que me dirigía hasta el sagrario. Tres estatuas mitad hombre mitad bestia dominaban el altar. La primera no tenía ojos; la segunda carecía de oídos; la tercera, la tercera tenía la boca cosida. Todas tenían los genitales arrancados. Cada una de las estatuas tenía por todo el cuerpo lo que no tenía en su lugar. Ojos, orejas y bocas, respectivamente, en las palmas, en el abdomen y en cada centímetro de su piel.

Sin saber cómo, me encontraba desnudo frente a las estatuas mutiladas, con una hoja afilada en la mano derecha. Estoy seguro de que fue aquel Dios, Ishkay, quien introdujo en mi mente horribles escenas y variantes de mi propia muerte, y que fue su voz la que me convenció de que debía realizar el sacrificio por mi propia mano. Lo cierto es que no sentí ningún dolor, me encontraba como drogado, incapaz de pensar coherentemente. Sólo sabía que si no realizaba el sacrificio, moriría irremisiblemente. Recuerdo de forma borrosa aquel momento, pero sé que me amputé los genitales y que me extraje los globos oculares con cuidado y delicadeza, pues sabía que Ishkay los quería intactos. Después de depositarlos cuidadosamente en un cuenco de piedra a los pies de las estatuas, no recuerdo nada más.

Desperté en la oscuridad de un callejón, confuso; vestía una túnica marrón con capucha. Unos instantes después tomé conciencia de lo que había sucedido y supe que era de día, y que la oscuridad se debía a mi ceguera. Palpé mi entrepierna con una vana esperanza, pero allí no había más que un horrible muñón. Sentía un dolor palpitante en el pecho, traté de recordar por qué y no fui capaz. Metí la mano bajo la túnica y recorrí el pecho con los dedos. Me horroricé al sentir las marcas de un cuchillo, profundos surcos que formaban un dibujo complejo. Supe que se trataba de un sello; era propiedad sacrificial del Dios Ishkay. Me desmayé.

Cuando recuperé la conciencia era de noche. Me puse en pie trabajosamente y caminé fuera de aquel callejón. Al llegar al final doblé a la derecha y entonces me di cuenta: podía ver. No como antes, sino mucho más, mucho mejor. Veía en todas direcciones y ángulos, a mi alrededor y sobre mí, veía las plantas de mis pies y las estrellas sobre mi cabeza. Instintivamente recordé el cuerpo cubierto de ojos de la estatua del Dios. El trueque no estaba tan mal, después de todo; había sacrificado mi virilidad, y había intercambiado mi visión. Continué camino de casa hasta que, al entrar en una calle, dos hombres me cerraron el paso. Dos más aguardaban detrás.

—Mirad —dijo el más alto—, pero si es el truhán que nos estafó.

Uno de ellos rompió a carcajadas, otro desenvainó un sable.

—Vamos a recuperar nuestro dinero, escoria, y nos cobraremos los intereses.

Intenté defenderme, pero aquellos hombres eran más fuertes que yo. Me redujeron y me apalearon; me golpearon hasta que sus nudillos sangraron y se rompieron algunos dedos. Aún hoy no soy capaz de comprender cómo sobreviví a aquella paliza. Cuando se hubieron cansado de deformarme la cara y machacarme el cuerpo, tomaron sus cuchillos, y sin titubear un instante me rajaron el estómago como si fuera un pescado que limpiar. Pude ver, desde varios ángulos, cómo mis intestinos resbalaban hasta el suelo. Traté de sujetarlos con mis manos y mantenerlos en su lugar, pero tenía los brazos rotos y no alcancé a realizar el movimiento. Mientras temblaba moribundo les oí reír. Luego llegaron las pesadillas.

Sueños espantosos en los que era degollado o empalado, en los que mi corazón era devorado, se me sometía al potro o al tornillo vil. Mutilaciones horribles a manos del Dios Ishkay, de su rostro sin ojos, sin boca o sin orejas. Visiones terribles de mis genitales devorados por figuras mitad hombre y mitad bestia me atormentaron durante lo que parecieron siglos. Hasta que desperté.

Me encontraba tirado en el mismo lugar en el que aquellos hombres me habían destripado. A mis pies, charcos de sangre reseca se mezclaban con mis intestinos en una imagen digna del macabro pintor Juan de Valdés. Asustado, me llevé las manos al vientre y lo palpé: no había rastro de cicatrices, y mis intestinos parecían intactos.

Ahora estoy convencido de que en aquel templo, tras mutilarme a mí mismo, perdí la vida y resucité por primera vez, aunque entonces no lo supiera. De haber conocido en aquel momento lo que me esperaba, gustoso habría recibido la muerte de manos de aquellos marineros. El sacrificio que realicé en el templo fue mucho mayor de lo que imaginaba. Creo... creo que cada vez que muero Ishkay absorbe parte de mi alma, hasta que me convierta en un cascarón vacío y reseco, en un muerto en vida.

Mi señor, ahora que conocéis mi historia, sé que me sacaréis de esta celda. Cada pocos días pierdo la vida de hambre y frío, y me asaltan pesadillas de mil muertes. Cada vida es menos vida y cada muerte pierdo parte de mí. No sé cuántas veces más habré de morir antes de que todo esto termine. Ningún hombre merece la agonía que padezco. Mostrad piedad por mí dejadme salir de aquí, os lo suplico... ¿Mi señor?

Dioses – Sacrificio

En el parque

Los dioses se ríen de nosotros, aunque nadie parece darse cuenta de ello.

Perdí a mi hija, hace unos meses, en un accidente de tráfico en el que el gilipollas que conducía la moto en la que iba montada mi pequeña se saltó un semáforo en rojo, en plena hora punta, cuando los lobos motorizados recorren las calles en busca de presas. No tuvo ninguna oportunidad: saltó por los aires, describió un arco perfecto y acabó aterrizando sobre su pelirroja cabeza. A los jóvenes no les gusta usar el casco, ¿saben? De todos modos, el forense dijo que aunque lo hubiese llevado puesto no hubiera servido de nada. Mi princesa murió en el acto, y ni un triste ángel vino a recogerla. Recé, recé y recé, durante tantos días

y tantas noches que terminé perdiendo la cuenta, sólo pidiendo explicaciones, con la única intención de que alguien bajara de los cielos, o de cualquier parte, para explicarme cuál había sido mi pecado, por qué me había hecho merecedor de un castigo como aquél. ¿Era yo acaso Abraham, tenía en mis manos el destino de los hombres?

Nadie vino a consolarme, ni uno solo de los celestiales se presentó para atender a mis súplicas.

Pero yo no cedí en mi empeño. Di limosnas a diestro y siniestro, pagué misas por todos los santos y todos los Hombres Buenos de los últimos cien años, transferí una dádiva piadosa a la cuenta Cero del Banco Vaticano en prueba de buena voluntad... Mi consejero espiritual me animaba a que siguiera por aquel camino, me instaba a que me despojara de mi soberbia y comprendiera que los asuntos del Altísimo son muchos y complicados, y que el planeta aún se estaba recuperando de la última escaramuza entre los ejércitos del Dios Verdadero y las infames huestes de la Coalición, aquella aberración antinatural que habían formado los panteones de Buda y Alá, junto con algunas teogonías menores que simplemente querían notoriedad. El Buen Hombre me pedía paciencia, y por la fe de nuestros padres que la tuve.

Un día, mientras engullía mi pena a solas en un banco del parque, un querubín apareció a mi lado.

Me arrodillé de inmediato, sin pensármelo. El ser tenía la forma de una chica joven, de piel oscura, tras la que ondulaban las alas planeadoras que le permitían descender desde el firmamento.

—Levántate —me dijo, casi sin entonación—, no tengo el rango suficiente como para merecer pleitesía. Al menos no todavía —dicho esto estalló en una carcajada convulsa que me recordó el croar de los sapos en una charca.

—He esperado tanto este momento —fue lo único que acerté a decir.

—Lo sabemos. No dejas de tratar de llamar nuestra atención por el asunto ese de tu prole. Murió, ¿no? Muchos mortales mueren a diario. ¿cuál es el problema?

Durante un instante creí que iba a ceder a la tentación de saltar sobre él (sobre ella) y apretar su cuello hasta que la última molécula de aire abandonara sus pulmones inmortales. Sin embargo, me contuve. Los caminos de Dios son inescrutables, al igual que los de sus enviados.

—No merecía abandonar este mundo tan pronto. Es injusto que una hija deba abandonar la vida antes que su progenitor.

—Era su destino —dijo el querubín—, ¿hasta cuándo vamos a tener que estar repitiendo la misma cantinela? Los mortales tenéis fecha de caducidad, lo hemos dejado claro en multitud de ocasiones. ¿Qué quieres, que el propio Padre baje hasta aquí y te lo explique?

El querubín alzó las impresionantes alas (que a mí me parecieron dos perfectas cortinas de niebla agitadas por el viento furioso de una galerna) y un trueno estalló en la distancia, a pesar de que el cielo anaranjado del atardecer estaba limpio de nubes. Tuve unas inmensas ganas de llorar, de vociferar blasfemias con la cara levantada hacia el hogar de los dioses.

—No se lo merecía —repetí.

—Creo que esta conversación no nos llevará a ninguna parte, mortal. Pediste nuestra presencia, y hemos atendido tu petición. Ya es suficiente —dio media vuelta, abrió las alas en toda su extensión, y su cuerpo comenzó a perder consistencia.

—¿Cuál era exactamente su destino? ¿Morir de aquella forma, con el cerebro esparcido sobre el asfalto? ¿Qué bien ha podido hacer su muerte? ¿En qué ha ayudado a la causa del Altísimo?

El ser se giró de nuevo, recobrando parte de su consistencia.

—Su alma dio energía a alguno de nuestros paladines, ¿te parece poco? En la guerra en la que estamos inmersos todo ayuda es poca para las tropas que luchan por vosotros, para que no caigáis en las manos del enemigo.

—A alguno... ni siquiera sabes a cuál.

—No tengo esos datos, pertenecen a esferas de las que estoy tan alejado como tú. Suspiré, con los puños apretados, blancos, tirantes, luchando por no perder la cordura, y, a la vez, mi alma inmortal en el proceso.

—Quieres decir que ése es nuestro único destino: ser las baterías que os alimentan, que os dan la fuerza necesaria para combatir. No somos nada, ¿verdad? Sólo consumibles en la intendencia de una guerra que ni siquiera podríamos llegar a comprender...

—Lo cual no es poco, ¿no crees?

—Depende del punto de vista —murmuré, mirándole directamente a los ojos.

—Nosotros no nos podemos permitir la relatividad, eso queda para vuestros filósofos y sus largas horas de aburrimiento delante de sus papeles o sus pantallas. Para los celestiales sólo existe un absoluto, y es ganar la batalla contra los panteones que quieren conquistaros y someteros bajo sus realidades impías.

—Nosotros no lo pedimos...

—Detecto un destello de ateísmo en tus palabras, de carencia de fe en la causa, y ese camino sólo tiene un final: las llamas eternas del infierno, la muerte dolorosa, renunciar a la posibilidad de que una parte de ti ingrese en la divinidad.

—Una parte de mí ya lo ha hecho, se convirtió en energía para alimentar a uno de vuestros guerreros.

El querubín sonrió.

—La sorna no funciona con nosotros, mortal, ni nuestras almas son sensibles a la ironía. Haz lo que debas —otra vez dio media vuelta, y su cuerpo pareció desvanecerse en el aire. Sus últimas palabras flotaron en el aire antes de desaparecer por completo—: Querías una respuesta, y te ha sido dada. Confórmate con eso.

En unos segundos el parque, la hierba, el banco, recuperaron su tono habitual de realidad. Yo me desplomé en la hierba, llorando amargamente, incapaz de contener las lágrimas por más tiempo, pensando en que, después de todo, quién era yo para cuestionar las motivaciones del Altísimo y sus huestes celestiales.

Sólo un ser humano.

Pero, acepten mi palabra: los dioses juegan con nosotros. Llegará el día en que todos nos demos cuenta de ello, el día en que veremos la luz verdadera, sin velos ni cortinajes tejidos con la verborrea de los pastores, los gurús y los muhaidines, y será entonces cuando comience la verdadera guerra: la guerra del hombre.

Dioses – Destino

Más allá de la memoria...

Una lágrima en la mejilla. Como una joya de alabastro en su piel, llena de reflejos de estrellas, en un diminuto universo de agua y sal. Ni siquiera un ojo. Sólo una lágrima en la

mejilla, tocada por un rayo de sol, rodeada por un manto claro de piel. Tan cercana que creía poder tocarla, sólo un segundo antes de tocar el papel de la fotografía. La cruel cárcel de papel que alejaba al Leba de aquella lágrima.

Se sentó en el sofá de su casa y apagó la televisión. Se quedó mirando la foto, confuso por las emociones que despertaba en él. La fotografía nunca le había atraído demasiado, pero aquella tenía algo mágico, guardaba una tristeza que lo conmovía.

“Joder Leba, pareces retrasado. Esto seguro que es algún truco de publicidad, o algún psicópata aburrido.” Pero sabía que eran sólo eran vagas excusas. La publicidad no se colaba por la puerta de un piso a las doce de la noche y un psicópata no se andaría con esas sutilezas (Aunque por si acaso, esa noche se aseguraría de cerrar bien la puerta). Leba le dio la vuelta a la foto, aún con la esperanza de encontrar una marca que lo identificara como publicidad. Pero lo que encontró fue mucho más desconcertante que el simple logo de una empresa. Sobre el del reverso blanco de la foto, escrito con rotulador azul, unas letras de excelente caligrafía rezaban:

Más allá de la memoria...

Aquella frase aportaba un nuevo argumento a la versión del psicópata. Pero Leba seguía sin estar seguro. Todo aquello tenía un aire de familiaridad, tenía una continua sensación de déjà vu, de haber vivido eso antes. Pero no era posible, solo una jugarreta de la mente.

Con la ayuda de una buena copa de coñac, consiguió tranquilizarse un tanto y se fue a la cama. Pero antes de dormir, tirado en el catre, la extraña foto aun rondaba su cabeza. “Sería para el vecino.” “Sí, él anda metido en cosas raras, con esos libros de física y siempre mirando por su telescopio.” “Sí, seguro que la foto era para él.” Y cayó en la inconsciencia repitiéndose eso a si mismo, seguro de que era mentira.

“Ah, sábado”. Fue el impulso nervioso que recorrió la mente de Leba, incluso antes de estar totalmente despierto. Disfrutó de la sensación plena de saber que tenía un día entero para dedicar a lo que quisiera. Se levantó y nada turbó su semiinconsciente alegría hasta que, mientras se hacía el café y se desperezaba rascándose la cabeza, vio la foto, que aún reposaba en su escritorio. “Mierda”, fue lo único que pensó, antes de decidirse a aislar totalmente aquel tema de su cabeza. “No pienso dejar que esta chorrada me estropee el sábado.”

Bajó a la calle y fue hasta una cafetería cercana a su piso. Pidió un capuchino e intentó concentrarse en leer el periódico. Pero entre sucesos y deportes aquella foto volvía. Tenía aquella lágrima grabada a fuego en la cabeza. “Piensa en otra cosa”. “Es una tontería, no le des tanta importancia”. “Piensa en otra cosa”. Pero no lo consiguió. Cerró violentamente el periódico, dejó allí el café sin apenas haberlo probado y se fue corriendo sin pagar, calle arriba, hacia su casa. Mientras subía las escaleras de su piso, fugaces pensamientos paseaban por su mente. “Ahora mismo llego y la tiro a la basura. O mejor, la quemo. Sí, eso, voy a quemarla y a tirar las cenizas por la ventana. Voy a acabar con esto.” Aún estaba pensando en esto cuando sacó de su bolsillo su llave y abrió la puerta. Sin cerrar la puerta, tiró las llaves al suelo y fue directo a su escritorio.

Se quedó paralizado frente a la mesa. Ya no había una foto, sino dos. A la izquierda de la foto de la lágrima, había otra, la otra mejilla de aquella cara incompleta. Pero no era una lágrima lo que caía por la mejilla izquierda. Era una gota de sangre. Leba cogió la foto y la observó más de cerca. Aquella gota, un dolor peor que la muerte. Un grito silencioso le desgarró. Aquella gota de vida, discurriendo por una cara desconocida bloqueaba a Leba, le producía un dolor casi físico que le impidió pensar por unos momentos. El brillo rubí que

se adivinaba en la gota era el puro contraste entre el sol y la sangre, la vida y la muerte; una antítesis tan poderosa que le destrozaba. Sólo unos segundos después fue lo suficientemente consciente para dar la vuelta a la foto, buscando ansioso la frase que sabía que estaba allí:

... Una muerte despertó el odio

“¿Qué...” empezó a preguntarse Leba, pero no llegó a acabar. Como si otro accionara los movimientos de su cuerpo, colocó las dos fotos juntas, viendo las dos mejillas, la lágrima y la gota de sangre. A la vez, le dio la vuelta a las dos fotografías, viendo la primera frase en azul y la segunda en rojo.

Más allá de la memoria, una muerte despertó el odio.

Algo explotó en la cabeza de Leba al acabar de leer las dos frases. Ante sus ojos pasaron imágenes de sitios que nunca había visto, pero que conocía al detalle. Paseó por un jardín de belleza sobrenatural, en el que conocía hasta la más mínima planta. Miró un cielo de una belleza prodigiosa, en el que ni una sola nube osaba posarse. Se miró sus manos, como si no fueran las suyas, y se pasó los dedos por el pelo, como si nunca antes lo hubiera hecho. Sintió miles de luces chispeando en su cabeza, despertando recuerdos que no creía suyos. Se le reveló su verdadera identidad y por primera vez en su vida, supo cual era su verdadero nombre, de donde venía y cual era su destino. Volvió a mirar las dos frases, comprendiéndolas ahora perfectamente. Ahora ya sabía como acababa aquello. No pudo evitar pronunciar la última parte en alto, parsimoniosamente, paladeando en cada sílaba su derrota, una derrota que siempre había marcado su existencia. Un sino más poderoso que él.

Un destino en la eternidad. Y mientras haya hombre, habrá odio.

—Parece que ya recuerdas, Abel.

En la entrada del salón había un hombre, apoyado en el marco de la puerta. En la mano, una pistola, que parecía llevar con tanta soltura como si hubiera nacido con ella. Leba, o mejor dicho, Abel, nunca había visto a aquel hombre, al menos con esa apariencia, pero sabía perfectamente quien era. Aunque la visión había mostrado a otro hombre, la memoria de su verdadera esencia no podía olvidar aquella sonrisa burlona, aquella pose de superioridad y aquellos ojos llenos de odio, un odio sin límites. Dentro de aquel cuerpo había un alma que Abel reconocía.

El hombre se acercó a Abel, dando un pequeño paseo, andando como si no tuviera un destino fijo, jugueteando con la pistola y mirando los detalles de la casa, como quien visita un museo.

—Te has preocupado mucho por recordarme algunas cosas, hermano. —comentó Abel, fingiéndose despreocupado.

El hombre se paró, y con su eterna sonrisita, miró a Abel.

—No sabes cuanto he disfrutado. Esto va a ser mejor que la primera vez. Oh, aún lo recuerdo. — cerró los ojos y se mordió el labio, como si estuviera recordando algún manjar probado en el pasado. —Mira que lo hemos hecho veces hermano, pero nunca ha sido como la primera vez. ¿Acaso tú llevas la cuenta?

—Qué más da. *Un destino en la eternidad*, ¿recuerdas Caín?

—Parece que el que no lo recordaba eras tú. —se burló Caín.

—La próxima vez despertaré primero. Y lo haré yo. —respondió Abel, mostrando los dientes.

Caín se paró y contestó mientras se rascaba la cabeza con la punta de la pistola, en un gesto tan natural, que Abel sintió un repentino asco, una repugnancia que atravesaría el tiempo.

—Puede que tú despiertes primero. Pero matarme...— Caín soltó una carcajada —no lo creo. Ese no es tu destino.

—Lucharé contra él. — fue la respuesta, tan escueta como utópica.

—Como quieras. Sería interesante que pusieras algo de resistencia. —Caín se encogió de hombros mientras apuntaba con el cañón de la pistola a Abel, con aquella maldita sonrisa burlona en la cara —Hasta la próxima vida, hermano.

“¿No es cierto que si obrares bien serás recompensado, pero si mal, el castigo del pecado estará siempre a tu puerta? Dijo Caín después a su hermano Abel: Salgamos fuera. Y estando los dos en el campo Caín acometió a su hermano Abely le mató.

Maldito, pues, serás tú, Caín, ahora sobre la tierra, la cual ha abierto su boca y recibido de tu mano la sangre de tu hermano.”

Génesis 4. 7-8/11

Eternidad – Destino

1938, Objetivo: Salvación

Nos refugiamos en la casa de una huerta abandonada que encontramos al pie de la ladera del monte, a pocos kilómetros del pueblo a donde nos dirigíamos. Allí se acuartelaba el enemigo, allí era donde el ejército nacional mantenían preso al teniente Contreras, nuestro objetivo. Tras cinco días de marcha por el monte, durmiendo al raso, descansar en un raído colchón de lana sería todo un lujo. Me tocó en suerte el primer turno de guardia y los minutos se me hicieron interminables ante la perspectiva de dormir en blando. El turno terminó sin novedad y pude dormir, aunque no demasiado.

—Despierta —me susurró Martín al oído mientras me zarandeaba el hombro—. Rodríguez ha dado la alarma.

Rodríguez despertó a la compañía poco antes del amanecer: dos nacionales habían entrado en la huerta. Portaban cubos y parece que se dirigían al pozo en busca de agua, pero los infelices sólo encontraron plomo. Tras comprobar que no traían compañía nos apresuramos a salir y tirar los cadáveres al pozo; borramos los rastros y nos apostamos en las ventanas con los fusiles listos. Permanecemos en silencio.

No tardarían en llegar más soldados en busca de los “aguadores” y para entonces una huida nos habría dejado al descubierto en la escarpada ladera del monte. Permanecer en la casa parecía la mejor alternativa, así lo decidió el capitán Pacheco.

Unos minutos más tarde aparecieron otros dos soldados. Las órdenes de Pacheco eran no abrir fuego y esperar. Con suerte se marcharían a buscar a sus compañeros a alguna huerta cercana.

La lluvia apresuró la búsqueda y los soldados se encaminaron a la salida. De pronto, la tapa del pozo saltó y comenzó a brotar agua de su interior. Los soldados se volvieron a observar aquel hecho insólito. El líquido salía cada vez más oscuro, espeso y abundante. Sentí sudor frío recorriendo mi espalda cuando los dos cadáveres emergieron arrastrados por la corriente. Los soldados, paralizados un segundo, reconocieron a sus compañeros y no tardaron en reaccionar. Al ver los agujeros de bala, corrieron a dar la alerta y Pacheco ordenó abrir fuego. Al ruido de cristales rotos le siguió el de los disparos que ya no daban alcance a los soldados en fuga.

—A la mierda —dijo Pacheco enrojecido de ira—. Dentro de nada tendremos aquí al destacamento entero.

Las expectativas no eran muy esperanzadoras. La ladera del monte era demasiado escarpada para aventurarse a huir, así que Pacheco ordenó reforzar las ventanas para resistir. Martín y yo salimos al corral en busca de algo que nos sirviera. Apoyadas contra la pared, encontramos dos viejas puertas de madera. Al ir a cargarlas, nos dimos cuenta de que la pared era la propia ladera del monte y que las puertas tapaban un agujero en la roca. Metimos las puertas en la casa y fuimos a informar a Pacheco.

—Tú, averigua si ese túnel lleva a algún lado —me ordenó Pacheco—. Si ese agujero es una vía de escape quiero saberlo antes de que un mortero me vuele el culo.

El agujero parecía profundo y al entrar percibí un fuerte olor que en aquel momento no reconocí. Avancé linterna en mano por un túnel que se extendía en línea recta con una ligera pendiente ascendente. Al final, una puerta daba paso a una sala que la luz de la linterna apenas alumbraba. Siguiendo la pared encontré un interruptor y al dar la luz pude ver que se trataba de una habitación grande, cubierta de azulejo, con varios muebles de madera y algunas herramientas colgadas en la pared. También pude ver varias artesas y diferentes útiles para hacer matanza y fabricar embutido. En el centro de la habitación, una mesa bastante grande, cubierta de sangre reseca. Sobre ella, un libro. Lo abrí en busca de alguna pista sobre aquel lugar y sobre el túnel, pero encontré algo distinto...

“El Dios de la Sangre que duerme bajo la tierra nos salvará. Por la sangre pura despertará. Él será libre y de sangre impura se alimentará, y entonces no descansará hasta saciar su sed”.

—Devuélveme el libro —tembló una voz detrás de mí interrumpiendo mi lectura.

Desenfundé la pistola y giré apuntando al lugar del que salía aquella voz. Allí, oculto entre las sombras había un hombre desnudo con el torso cubierto de sangre. En una mano llevaba un cuchillo de matarife y en la otra lo que parecían los restos de un animal con los intestinos colgando.

—No le haré daño —le dije, tratando de calmarle.

—El Dios de la Sangre nos liberará, no importa de que color es tu camisa, vuestra sangre impura será Su alimento —dijo el extraño sollozando—. El Dios de la Sangre acabará con unos y otros. Acabará con esta maldita guerra destruyéndoos a todos.

El hombre dio unos pasos hacia mí mostrándose a la luz y alzó la mano donde pude ver que los restos ensangrentados en realidad eran los de un bebé. Por el rostro desenchajado del hombre caían lágrimas.

Aquella visión hizo que mi estómago se retorciera.

—Nos ha dado la libertad. Por su sangre Él ha despertado —dijo mostrándome el cadáver del bebé y avanzando hacia mí.

Retrocedí unos pasos sin dejar de apuntarle y tropecé con una de las artesas volcándola. A mis pies cayeron sangre y trozos de carne humana y una cabeza de mujer. . .

—Madre no lo entendía, Clarita debía dar su sangre inocente para liberarnos —dijo el maldito demente —Pero ahora ella forma parte de Él igual que tú y los tuyos muy pronto.

Entonces, levantó el cuchillo y se lanzó hacia mí. Tres disparos después, su cuerpo yacía junto a los restos de la mujer y el cadáver del bebé.

—Clarita nos ha salvado. . . —fueron las últimas palabras del hombre antes de sufrir una violenta convulsión y quedar inmóvil.

Aquel espectáculo macabro tiñó de rojo mis pensamientos. Mis piernas comenzaron a temblar y perdí el control de mi estómago.

Instantes después, logré reunir las fuerzas necesarias para continuar mi camino en busca de una salida.

Junto a los armarios encontré una compuerta de apenas metro y medio de alto. Avancé en cuclillas, como pude, por un intrincado pasaje, bastante empinado y cada vez más estrecho. De repente, una corriente de aire fresco llenó mi pecho de esperanza. El último tramo lo hice gateando por un suelo embarrado antes de ver la tenue luz que se derramaba por una galería vertical que daba al exterior diez metros sobre mi cabeza. Trepé por la escala que había clavada en la pared y salí al exterior.

Fuera comprobé que estaba en la ladera del monte, bastantes metros por encima de la casa y casi no podía verla. Eché mano de los prismáticos y pude ver como el agua oscura seguía brotando del pozo y ya cubría todo el huerto. La mancha parecía crecer por momentos y avanzaba lentamente hacia la casa. Al observarla más de cerca pude ver que no era agua sino. . . ¡sangre!

Imposible. Sólo eran imaginaciones mías debidas a la experiencia que acababa de vivir. ¿Estaría volviéndome loco? No había tiempo para pensar, los nacionales se acercaban por la carretera. Me apresuré a desandar el camino por el pasadizo. Atravesé la habitación corriendo, y juraría que el cadáver del loco me sonreía. Imaginaciones. Por fin, llegué a la casa y entré por la puerta del corral pero Martín frenó mi carrera en seco chocando contra mí.

—¡Déjame salir de aquí! —gritaba sin parar, presa del pánico, mientras me empujaba para abrirse paso.

Intenté sujetarlo pero repentinamente, quedó inmóvil. Su rostro se tornó lívido y entonces me di cuenta de que Martín estaba sobre un charco de sangre y ésta parecía empapar sus botas. Martín cayó al suelo entre convulsiones y en pocos segundos, su cuerpo quedó reducido a un saco de piel y huesos sobre el charco rojo. No podía apartar la vista de él y de la mancha de sangre, que ahora parecía acercarse a mis pies. Corrí hacia el túnel y el terror se apoderó de mí al ver que la mancha avanzaba rápidamente por el suelo del corral. Ya no me atreví a mirar atrás, estaba seguro de que aquella cosa me seguía. Cuando pasé junto al cadáver del loco ya no lo miré, estaba seguro de que sonreía. Perdí la linterna, y entré al tramo final a oscuras. Seguí lo más rápido que pude, agachado y guiándome a tientas. La humedad de las paredes me hacía temer que, tal vez, aquello ya me había alcanzado. Entonces sentí el aire frío y vi la luz. Alcancé la salida y avancé por la ladera unos metros, entonces miré hacia la casa. El huerto estaba sembrado de cuerpos de soldados nacionales y aquella marea de sangre, Dios o lo que fuese, avanzaba imparable por la carretera.

De pronto noté que algo me tocaba por detrás y sentí una repentina sacudida que. . .

—Despierta —me susurró Martín al oído mientras me zarandeaba el hombro—. Rodríguez ha dado la alarma.

Dioses – Sacrificio